Joaquín HURTADO de Mendoza

ROBERTO

DE ARTEWELDE,

DRAMA EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA.

MADRID:

IMPRENTA DE I. SANCHA,

1839.

INTERLOCUTORES.

D. FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO, Duque de Alba y Gobernador de las 17 provincias de Flandes; de edad de 60 años.

D. LUIS, Marques de las Navas, hijo único del Duque, 25 años.

D. JUAN, Conde de Vargas, secretario íntimo del Duque, 50 años.

ISOLINA, sobrina de la baronesa de Berghes, 16 años.

ENRIQUE LAMORAL, Conde de Egmont, príncipe de Gavre.

GUILLERMO DE NASSAU, Príncipe de Orange.

EL CONDE DE LOWEN.
EL CONDE DE WINTER.
EL MARQUES DE BERGEN.
EL BARON DE BREDA.
} Nobles Flamencos.

RODOLFO.

JORGE, criado del Duque.

GERONIMO.

UN JUEZ.

UN DEPENDIENTE DE JUSTICIA.

SOLDADOS, PUEBLO &c., &c.

La escena es en Bruselas en 1568.



ACTO PRIMERO.

Palacio de los duques de Brabante en Bruselas. Salon cuadrado con alfombra de terciopelo oriental y espejos: sobre el arteson se ven las armas de Austria y de Borgoña.—En el fondo una gran puerta de entrada de estilo ogival: á cada lado de la misma, dos inmensas cortinas que ocultan dos aberturas, las cuales con la puerta de en medio ocupan todo el ancho de la escena.—A la izquierda hay una chimenea ogival y mas arriba una puerta lateral: á la derecha una ventana ogival con cristales pintados y mas allá una puerta tambien ogival. — Dos mesas, una en cada lado del proscenio: en la de la derecha una escribanía y papeles.

ESCENA PRIMERA.

VARGAS, DON LUIS.

Varg. (*Entra por la puerta del fondo, deja su espada y su sombrero sobre una silla, luego adelantándose mas repara en don Luis que está dormido en un sillon junto á la mesa de la derecha.*) Don Luis!.. Pero sino me engaño, está durmiendo. Feliz mancebo!.. Ignora todavia lo que es velar. Por una hora de ese sueño tranquilo, el Duque de Alba, su padre, daria la mas gloriosa de sus victorias; y cuanto no daria yo mismo que no tengo ya gloria que alhague mis recuerdos, ni hijo que reverdezca mis esperanzas! (*Se oyen tres golpes á la puerta de la izquierda.*) Ah! ya no me acordaba... esta señal me hace volver en mi. (*Va á abrir la puerta.*)

ESCENA II.

JORGE, VARGAS, DON LUIS.

Varg. (*Señalando á don Luis que está dormido.*) Habla quedo.

Jorge. El conde de Egmont ha llegado esta noche á Bruselas.

Varg. Lo he sabido antes que tú—donde le has encontrado?

Jorge. Debajo del pórtico de su palacio.

Varg. Le has entregado mi carta?

Jorge. No ha querido recibirla.

Varg. Y por que?

Jorge. Me ha reconocido por criado de don Juan de Vargas, y se ha acordado de que mi amo sabe el secreto de envenenar las cartas que matan á los que las abren.

Varg. Entonces, á ti te tocaba abrirla.

Jorge. Me habias encargado que no la entregase sino á el mismo, y era de temer... (*Vargas fija en él la vista.*) Por otra parte, ha dicho que nada habia que tratar entre el conde de Egmont y el conde de Vargas.

Varg. * Dame esa carta. (*Jorge le entrega una carta. Vargas la abre y va á quemarla en una lámpara que hay sobre la chimenea la cual apaga en seguida.*)

Jorge. Antes de una hora podreis hablarle vos mismo, pues se está preparando para acudir á la conferencia del duque de Alba.

Varg. En efecto, dices bien.

Jorge. En cuanto al príncipe de Orange, parece que no asistirá á ella.

Varg. Y que sabes tu de eso?

Jorge. Hace dos dias que se ignora su paradero. Unos dicen que ha ido á reunirse con su hermano Luis de Nassau y á insurreccionar las provincias de que era gobernador, contra el yugo de Felipe segundo... Otros...

Varg. Que dicen los otros?

Jorge. El señor Conde se dignará tener presente que no soy yo quien habla...

Varg. Acabarás de una vez?

Jorge. Los otros dicen con mucha reserva que la policia, cuyo gefe sois vos, es la que ha hecho desaparecer al príncipe de Orange.

Varg. Disparates! Jorge—cuidado con que á nadie se los repitas—de lo contrario... ya sabes lo que soy.

Jorge. Secretario del duque de Alba.

---

* *Los interlocutores estan colocados de izquierda á derecha por el orden indicado al principio de cada escena: cuando el movimiento de esta, exige algun cambio, lo marca un asterisco al pie de la pagina. Aqui por ejemplo el orden es el siguiente: Vargas, Jorge, Don Luis.*

Varg. Y que mas ?

Jorge. Vice-presidente del consejo...

Varg. Llamado tribunal de sangre : — no lo olvides.—El marques va á despertar... Vete de aqui. (*Vuelve á cerrar la puerta pequeña de la izquierda luego que Jorge se ha marchado.*)

ESCENA III.

VARGAS , DON LUIS.

Luis. (*Despertándose.*) Ah ! maldito sea el alborotador que asi interrumpe mi sueño! Ojalá que en su conciencia hagan otro tanto los remordimientos ! y apuesto la mejor de mis noches á que no dormirá mucho.

Varg. Buenos dias don Luis , y gracias por la buena voluntad.

Luis. Señor de Vargas !

Varg. El mismo , que en lo sucesivo se guardará muy bien de asistir á vuestras oraciones matutinas.

Luis. Y el que á lo menos antes de turbar mi descanso , tendrá cuidado de preguntarme si estoy gozando de algun delicioso ensueño.

Varg. Lo que es hoy no puedo preguntároslo, sino despues que habeis despertado.

Luis. Doble motivo para que yo os responda.

Varg. Hablad.

Luis. Pero vuestros sueños , don Juan, son negros como la tinta : como podreis comprender los mios que son de color de rosa ?

Varg. No importa , hablad don Luis : no habeis reparado que me intereso en todo lo que os concierne ? Ademas , tal vez os pueda yo servir en algo—¿quien sabe si cual otro Daniel podré esplicar vuestros sueños ?..

Luis. En efecto , en tiempo de los judios hubierais pasado por un profeta : hace cien años os hubieran quemado por hechicero : y hoy os tomo yo por mi confidente.

Varg. Y bien ?

Luis. En sueños estaba yo persiguiendo á una muger , á un ángel ; y he aqui que al despertar me encuentro con...

Varg. Un demonio no es verdad ?

Luis. Pero, segun recuerdo... no ha sido tan solo en sueño...

Varg. Donde habeís visto el ángel ? Pues donde ? decid.

Luís. En la iglesia, hace dos dias : en el baile, ayer noche : en mi imaginacion, esta mañana : si, no hay duda esas son sus facciones, es la encantadora Isolina...

Varg. Isolina ?

Luis. La misma que mi corazon iba siguiendo hace poco, cuando he topado con vuestra cara de mágico.

Varg. Isolina, habeis dicho ?

Luis. Si, tierna niña de diez y seis años, que todavia no ha pronunciado con balbuciente labio el dulce nombre de amor.

Varg. No reune la gracia y la rosada tez de una flamenca ?..

Luís. A la cabellera y á los ojos negros de una española.

Varg. La visteis en el sermon ?

Luís. Del reverendo padre Vazquez.

Varg. En el baile ?

Luís. Del marques de Sandoval.

Varg. Sola ?

Luis. Con una dueña de cien años, el invierno personificado, una bisabuela sin duda alguna.

Varg. Y vos la amais ?

Luis. Deliro por ella. Desde que he vuelto del baile, donde solo la vi un instante, he pasado el resto de la noche contemplándola en sueños y escribiendola.

Varg. Tan presto !

Luís. Ah ! en vos está ya apagada la sensibilidad, ó por mejor decir, no la habeis tenido nunca.

Varg. Dos veces he sido esposo y dos veces padre, don Luis !

Luís. Pero ahora que no sois padre ni esposo, sino secretario del gobernador de policia, ayudadme á descubrir el objeto de mi adoracion...

Varg. Señor marques de las Navas, acaso el rey Felipe segundo os ha enviado á Flandes para fraguar intrigas amorosas, ó para desempeñar el cargo de teniente gobernador ?

Luis. El duque de Alba no gusta departir con nadie su autoridad, y menos conmigo. Como yo por otra parte

no apruebo la guerra de esterminio que está haciendo á los flamencos, empleo mi tiempo...

Varg. En hacer la corte á las flamencas. No me parece mal! El Duque dispone de los bienes y de la vida de los flamencos; vos de las gracias de sus hijas.

Luís. Poco á poco, señor conde, esto es una calumnia.

Varg. Ocho dias no mas, hace que habeis llegado á Flandes; la jóven Isolina es la primera que ha cautivado vuestras miradas y...

Luís. No prosigais, señor de Vargas, puedo tolerar que calumnieis mis intenciones; pero no sufriré que vuestras chanzas mordazes ultragen á la vírgen que adoro y respeto en igual grado.

Varg. Bien está jóven! — Y la carta que pretendiais enviar á la señora de vuestros pensamientos?

Luis. (*Tomando una carta de la mesa de la derecha.*) Vedla aqui.

Varg. Os firmais Fernando!.. por que ocultais vuestro nombre?

Luis. Por que deseo ser amado por mis propios méritos, y no como á hijo del gobernador.

Varg. Quereis escribir dos palabras que yo os dictaré?

Luis. (*Sentándose á la mesa.*) A la señorita Isolina...

Varg. En casa de la señora baronesa de Berghes...

Luis. (*Parándose.*) La viuda mas noble y mas rica de Flandes!..

Varg. De la cual es sobrina y única heredera la jóven Isolina.

Luís. Vive?

Varg. En su palacio, calle de Grass-Markett—Dadme la carta; yo cuidaré de enviarla.

Luís. En verdad que estais conmigo tan servicial que ya no cabe mas, y creo que no hay en vos circunstancia que supere á esta, á no ser vuestra maña para saber cuanto pasa. Os doy mil gracias, señor de Vargas.

Varg. Os advierto señor Marques, que la baronesa es mas realista que el mismo rey y mas terrorista que el Duque.

Luis. Y su sobrina?

Varg. La señorita Isolina se parece á su tia poco mas ó menos como vos á vuestro padre.

Luis. Tanto mejor!

Varg. Ved lo que haceis, don Luis; si por casualidad vuestro corazon os arrastrase á haceros flamenco!...

Luis. Lo soy ya con el alma mas de lo que pensais.

Varg. Pero perteneceis todavia á la España?

Luis. Mi madre es el único vínculo que con ella me une.

Varg. Vínculo lleno de amargura, segun lo que á mis oidos ha llegado! La duquesa de Alba nunca ha tenido para vos el amor ni las caricias de una madre.

Luis. Basta, don Juan, no desperteis en mi tristes recuerdos. Esa reserva, esa frialdad de la duquesa para conmigo, siendo su hijo único, han formado el tormento de toda mi vida, asi es que no me ha sido tan sensible el separarme de ella para venir á Flandes á donde me sentia atraido por secretas simpatías.

Varg. No erais vos el amigo del príncipe don Cárlos?

Luis. Y el cómplice de su pasion y de sus proyectos. (*Se oye á lo lejos el sonido de una trompeta.*) Que significa ese toque?

Varg. La publicacion de una nueva contribucion impuesta por S. E. el duque de Alba vuestro padre, á los habitantes de la pacífica ciudad de Bruselas.

Luis. Y que dirán á esto los ciudadanos viendo hollados sus privilegios?

Varg. Los ciudadanos son ricos, es decir, egoistas y prudentes; no dirán gran cosa.

Luis. Pero y el pueblo?

Varg. El pueblo es sufrido, don Luis; ya veis que no dice una palabra siquiera.

Luis. Su paciencia es grande; pero tiene un limite! conde de Vargas, vos y mi padre sois los dos súbditos mas celosos de los intereses del Rey de España. Pero si bien por una parte admiro vuestra fidelidad á Felipe segundo; no tengo igual confianza en la bondad de vuestro sistema de gobierno. Se me figura que con vuestra conducta arbitraria y cruel comprometeis mas la causa del rey que la de la independencia. Escuchad! ; si yo fuese flamenco como vos, si como vos tuviese voto en los consejos de Felipe y del duque de Alba, y al mismo tiempo hubiese conservado en el fondo de mi alma como un depósito sagrado, el amor á mi patria, tal vez no adoptaría otra conducta que la que vos seguis, para indisponer el espíritu de los

pueblos contra el poder real, para provocar la rebelion y preparar la independencia de la Flandes.

Varg. ¡Con que hemos venido á pasar á una discusion política! Confesad, don Luis, que es un final muy triste comparado con la risueña introduccion de nuestra conferencia. Asi pues, para concluir como hemos empezado os participo que mañana hay baile en casa de la baronesa de Berghes.

Luis. ¿Y por donde sabeis?...

Varg. A mi, nada se me oculta...

Luis. Es por atencion?

Varg. Por razon de estado.

Luis. ¿Y podreis hacer que me conviden á ese baile?

Varg. Callad, acaban de abrir la puerta del cuarto del gobernador: miradle ya viene hácia aqui.

ESCENA IV.

Los mismos. — El Duque.

Duque. (*Entra por la puerta de la derecha, hablando consigo mismo.*) Si, estoy resuelto, prendase á esos dos hombres, y caigan sus cabezas, si es preciso. — Muertos ellos, muere la rebelion. Pero los dos!... Buenos dias, hijo mio, parece que estais algo cansado esta mañana; me han dicho que habeis dedicado al estudio una parte de la noche; que estabais leyendo... la historia de España, el libro de los príncipes; buenas obras en verdad! Pero es preciso que no postergueis el cuidado de vuestra salud... (*Don Luis quiere hablar y el Duque prosigue en tono algo severo.*) De un momento á otro el servicio de su magestad puede reclamar vuestra persona para encargos mas importantes, llamaros á un puesto mas peligroso; y el hijo único del Duque de Alba no debe olvidar que su lugar es siempre en la línea mas abanzada.

Luis. Lo sé, señor, y tambien me acuerdo de que vuestro nombre es una carga muy pesada para el que tiene que heredarlo.

Duque. Dejadme solo con el conde de Vargas y volved dentro de un cuarto de hora.

ESCENA V.

VARGAS. — EL DUQUE.

Duque. (*Echándose sobre un sillon.*) Estoy inquieto, don Juan. El conde de Egmont ha llegado esta noche á Bruselas y vá á venir con su abierta confianza, con su acostumbrada presuncion á entregarse en mis manos. Pero y el Taciturno, el Taciturno vendrá? habeis ejecutado mis órdenes?

Varg. Ayer noche he despachado otro correo en busca del Príncipe de Orange; lo aguardo de un momento á otro.

Duque. ¿Se ha avisado al consejo secreto?

Varg. Si señor.

Duque. Es una nueva prueba de confianza que os doy.. y mi guardia?

Varg. En el patio de palacio hay una compañia de Guardias Walonas.

Duque. Haced que entren otra vez en el salon. — ¿Quién es el comandante de semana?

Varg. El Marques de Monte Virgen.

Duque. Un flamenco!...

Varg. Pero su fidelidad...

Duque. Es á prueba de compasion? — Mucho lo dudo. — Prevéngasele que hoy mismo será reemplazado por mi hijo. (*Vargas levanta la gran cortina de la derecha y hace una seña á un oficial que llega, con el cual habla en voz baja. Ap.*) Si Guillelmo de Nassau burla mi vijilancia, que dirá el rey?... me acusará entoncés de que contemporizo con la rebelion para perpetuar mi autoridad. Mi esposa, siempre enferma y entregada á su misteriosa melancolía, se ha encerrado en el interior de su palacio de Sevilla: la casa de Medinaceli, que vá creciendo en valimiento, asedia el trono: y no tengo en la córte quien tome mi defensa. No sé por otra parte que genio maléfico se aprovecha de mi ausencia para escitar los celos de mi amo...

Varg. (*Que está de vuelta.* *) El Marques de Monte Virgen está ya avisado.

---

* *El duque, Vargas.*

Duque. Luego que los príncipes hayan entrado, hareis prender á sus secretarios y ocupar todos los papeles.

Varg. Segun eso intentais?...

Duque. Entregarlos al consejo secreto.

Varg. El cual me toca presidir esta semana!

Duque. Si, don Juan; la faccion se vá engrosando á nuestro alrededor: el momento de atacarla de frente y con vigor ha llegado ya. Hemos hecho arrasar el palacio de Cuilemburgo donde se celebraban los conciliabulos de la anarquia: la caverna no existe; pero la hidra vive todavía: Si pudieramos...

Varg. Y que os atreveriais?...

Duque. Que se yo?... obraré segun las circunstancias. En tanto que llegan los príncipes, vamos á despachar algunos negocios. (*El Duque se sienta á la mesa de la izquierda.*)

Varg. (*Sentado á la otra mesa y examinando papeles.*) «Un parte del capitan Ruysum sobre lo ocurrido en las cercanías de Andenarde: algunos iconoclastas han hecho pedazos una estatua de la Virgen.» — Mis dependientes han cojido á seis de los culpables. — Cinco hogueras, no es verdad?...

Duque. Y el sesto?

Varg. Es un niño de cinco años.

Duque. Á las galeras del Rey.

Varg. (*Pasando á otro papel.*) «La esposa de V. E. cuya enfermedad se vá agravando de dia en dia, se desespera y desearía tener la última entrevista con su hijo.»

Duque. (*Levantándose y acercándose á Vargas.*) Una carta de familia, olvidada por casualidad sobre esa mesa!... Dadmela, don Juan. — De nada sirve desazonar á mi hijo: nada digas al Marques de las Navas sobre el estado de su madre ni del deseo que tiene de verle. — (*Ap.*) A su lado y lejos de ella, siempre esta criatura es para mi esposa objeto de misteriosas lagrimas y de inquietudes estrañas.

Varg. (*Tomando otro papel.*) «Los trece regidores de la ciudad de Gante protestan contra la nueva contribucion que les habeis impuesto y se quejan al rey y á Dios del yugo que les oprime.»

Duque. El Rey es sordo, en cuanto á Dios quiero facilitarles los medios de abocarse con él. Disponed que

sean presos, juzgados sin demora, y muertos en secreto.

Varg. Son gefes de las principales familias y muy queridos del pueblo.

Duque. Obedeced.

Varg. Entonces que sea en medio del dia, y en la plaza pública para hacer ver á la Flandes como contesta España á semejantes observaciones.

Duque. Bien está! — Esa ciudad de Gante! siempre insolente y rebelde! Vive Dios! que la he de obligar al silencio! —A propósito, don Juan, tengo que daros una noticia. El conde Lowen, sepultado, hacia veinte y dos años en los calabozos de la inquisicion, ha logrado burlar la vijilancia de sus carceleros y se ha refugiado á Francia.

Varg. (*Que se ha levantado de repente.*) Lowen está libre! estais seguro de ello, señor?

Duque. Y regresará á Flandes si es que ya no lo ha hecho.

Varg. Yo lo averiguaré.

Duque. Ese hombre es peligroso.—Bien os acordareis, don Juan, el era uno de los gefes de la gran rebelion de Gante hace veinte y dos años: el otro gefe se llamaba Roberto de Artewelde, digno heredero de una raza de revoltosos. Señor de Vargas, vos debisteis conocerle, á ese famoso Roberto de Artewelde, vos, pleveyo de Flandes, antes que su majestad os hubiese ennoblecido.

Varg. (*Con emocion.*) En efecto; me acuerdo Artewelde y Lowen eran dos amigos: habian trocado sus espadas y hecho juntos la primera comunion.

Duque. En el último asalto que yo di á la ciudad rebelde, Artewelde fue muerto.

Varg. Si, muerto...

Duque. A lo menos asi lo indican todas las apariencias, aun cuando no se encontró su cadaver.

Varg. Y Lowen, menos afortunado, fué hecho prisionero.

Duque. Ah! entonces era yo feliz no solo como general, sino tambien como padre!

Varg. Como padre?

Duque. Despues de ocho años de matrimonio, la duquesa de Alba acababa de darme un hijo, y yo me lisongeaba que seria un digno heredero de mi nombre.

Varg. Ese hijo, segun creo, lo habiais esperado en vano hasta entonces; pues que la providencia habia negado á vuestro enlace el fruto de bendicion.

Duque. Cuan ciegos somos en nuestros deseos! Vos perdisteis en otro tiempo un hijo recien nacido, señor de Vargas, y todavia lo estais llorando. Si la suerte os le hubiese conservado, tal vez llegariais, como yo y como Felipe segundo, á quejaros del cielo por habéroslo concedido. (*Escuchando.*) Oigo el galope de un caballo que entra en el patio. Si será ya el conde de Egmont.

Varg. (*Asomándose á la ventana de la derecha.*) No, es el correo que despaché ayer en busca del príncipe de Orange.

Duque. Si se negará Guillelmo de Nassau á asistir á nuestra conferencia?

Varg. Que pretesto podria alegar?

Duque. Pretestos! nunca faltan. Ah! si llega á escapárseme vá á empezarse una guerra larga y cruel que tal vez no verán terminada nuestros hijos!

ESCENA VI.

El Duque, Jorge, Vargas.

Varg. Que tenemos?

Jorge. El príncipe no se encuentra en ninguna parte: hace dos dias que ha desaparecido de Malines y de sus cercanías. Sus mismos amigos ignoran su paradero. (*A una seña de Vargas se marcha Jorge.*)

ESCENA VII.

El Duque, Vargas.

Duque. No vendrá? (*una pausa.*) Quien habrá revelado mis proyectos al príncipe de Orange? Si habrá sido mi hijo con su loca generosidad?

Varg. Ah! señor!

Duque. Quien me ha vendido pues? Lo sabeis vos don Juan? Triste suerte la mia! no tener á mi lado mas que aduladores ó traidores!

Varg. Señor, señor, olvidais....

Duque. Que sois mas leal servidor de Felipe II que yo mismo! no, don Juan, no me olvido de ello, pero llego á desconfiar á veces de vuestro escesivo celo. No me habeis dicho que el príncipe de Orange era vuestro enemigo personal; que habia insultado á vuestra esposa en una funcion pública?

Varg. Es cierto.

Duque. El príncipe ha desaparecido. Gefe de la policía secreta, habeis por ventura vengado en él vuestro agravio, por medio de algun lazo oculto? (*Vargas hace un gesto negativo.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, Don Luis.

Luis. (*Entrando.*) Señor, es cierto que reemplazo hoy al marques de Monte Virgen en el mando de la guardia de palacio?

Duque. (*Adelantándose ácia don Luis.*) Y en el de la ciudad.

Varg. * De la ciudad!

Duque. Desde este momento, Bruselas se halla en estado de sitio: van á cerrarse sus puertas y nadie podrá salir por ellas sin un pase firmado por vos, marques de las Navas; (*don Luis hace una reverencia; Vargas un gesto de sorpresa.—El Duque prosigue á media voz dirigiéndose á Vargas.*) Quién sabe? El príncipe de Orange está quizá dentro de Bruselas esperando el resultado de nuestra conferencia para tomar un partido. Conde de Vargas, os doy de tiempo hasta mañana para que lo averigueis á punto fijo. (*Vargas inclina la cabeza en señal de obediencia. El Duque va á mirar la hora á un relox de sobremesa, colocado á la izquierda sobre la chimenea.*)

Varg. (*A don Luis en voz baja.*) Continua el señor comandante de la plaza en su empeño de ser convidado al baile de la baronesa?

Luis. (*En el mismo tono.*) Indudablemente!

Varg. Se hará lo posible...

* *Vargas, el Duque, don Luis.*

Luis. Gracias, don Juan.

Duque. Las diez.

Varg. (*Al Duque.*) Las diez! Egmont no tardará en llegar.

Gober. Conde de Vargas, que todo esté preparado para recibirle: los jueces aquí: allá mi guardia Walona. (*Vargas se marcha: el Duque se sienta en un sillon junto á la mesa de la derecha.*)

ESCENA IX.

DON LUIS, *el* DUQUE.

Luis. Qué es lo que acabo de oir? Oh padre mio! con que vais á tender un lazo al conde de Egmont! Vos rival de Francisco I y de Boyardo, vais á renegar de vuestra fé de caballero!

Duque. Sois un niño, don Luis; perdono á vuestra inesperiencia ese lenguaje falto de razon y poco comedido. Vos olvidais que no estoy ahora en un campo de batalla. Aqui el guerrero desaparece detras del hombre político y el general se trueca en gobernador.

Luis. Ah! no os dejeis alucinar por vanas palabras. Estais en un pais de franqueza y de lealtad. Acordaos de uno de esos proverbios que son aqui tan comunes y que tan exactamente califican el caracter de los flamencos: «*Un hombre y una palabra.*» General inflexible, gobernador severo, juez inecsorable, estas son las cualidades ó los defectos que os echan en cara. Pero la perfidia es algo mas que eso. Por Dios os pido que no echeis tal borron sobre vuestro nombre!

Duque. Aunque los hombres me condenen, debo obedecer á mi rey. Quiero que antes de dos dias queden encadenadas las facciones y yo tranquilo.

Luis. Tranquilo vos y que enmudezca el pueblo!... No adivinais que mañana se levantarán mil voces sobre la tumba de Egmont....

Duque. Habrá un rebelde menos.

Luis. Será otro mártir mas.

Duque. Bien se conoce que has sido el amigo del príncipe don Carlos! Escribe al rey lo que acábas de decirme y te contestará: «*obedeced.*»

Luis. No le obedeceré.

Duque. Entonces te presentará el puñal ó el veneno y te dirá: «*escoged.*»

Luis. Ah! yo los tomaria entrambos para procurarme una muerte mas pronta y mas segura, porque la muerte es tambien la libertad. Pero si yo fuese el Duque de Alba....

Duque. Qué harias?

Luis. Me acordaria de que, ministros de Dios para hacer bien, los reyes no deben ser sino los padres ó los tutores de los pueblos, y que si este título confiere derechos, tambien impone deberes.

Duque. Habla mas bajo, imprudente: no oyes los miembros del consejo secreto que estan tomando asiento detras de esa cortina?

Luis. (*Esforzando la voz.*) Si yo fuese el Duque de Alba, me cansaria por fin de ser el criado del verdugo, la espada viva de Felipe II, el representante de ese Moloch implacable que, rey ó padre, no abraza á sus hijos sino sobre la hoguera....

Duque. (*Con inquietud.*) Silencio, te digo, sus espias nos estan escuchando.

Luis. (*Esforzando aun mas la voz.*) Si fuese el Duque de Alba me declararia el vengador de los pueblos, y empuñando la espada, me arrojaria al palenque gritando á los Nassau y á los Egmont que me siguiesen. Haciéndome superior á todos ellos y superior á mí mismo, antes de un mes habria hecho dos cosas; una Flandes independiente y un duque de Brabante: y si el rey de España se atreviese á amenazarme con su cólera, le presentaria con una mano el ramo de oliva y con la otra la espada, y á mi vez le diria: «*escoged.*»

Duque. (*Levantándose.*) Calla! calla, infeliz! quieres perdernos á los dos! Te escucharé en otra parte.... vete, oh! vete, yo te lo suplico.

Luis. Una sola palabra y me voy; que resolveis sobre el Conde de Egmont?

Duque. Que sé yo?... lo que tu quieras.... corre á su encuentro, haz que no entre aqui, corre mi querido Luis, no te detengas.

Luis. Os doy gracias, padre mio.... (*Va á salir del aposento.*)

Duque. Este jóven será mi perdicion!

ESCENA X.

Los mismos; VARGAS, *un* PORTERO.

Port. (*Desde la puerta del fondo.*) Escelentísimo señor, el noble señor Enrique Lamoral, conde de Egmont, príncipe de Gavre.

Luis. He llegado tarde; helo aqui.... Señor, no olvideis....

Duque. No olvido nada.

Varg. (*Saliendo de detras de la cortina de la izquierda.*) Todo está preparado, Señor, los jueces y vuestra guardia.

Duque. Mas bajo! quereis que os oiga el Conde?

ESCENA XI.

Los mismos; EGMONT.

Egm. (*Entrando.*) Buenos dias, señor Duque.

Duque. Bien venido, señor Conde.—Señor de Vargas cuidad de que nadie nos interrumpa!

Luis. (*A Egmont.*) Representante de la Flandes, prudencia en vuestras palabras.

Duque. Dejadnos, marques de las Navas.

ESCENA XII.

El DUQUE *de* ALBA, *el* CONDE *de* EGMONT.

Egm. Vengo á recibir las órdenes del rey y á saber de vos que servicios pide á vuestra fidelidad que es siempre la misma.

Duque. Un servicio sumamente importante, señor Conde. (*Se sienta y hace señal á Egmont de que haga otro tanto.*)

Egm. (*Sentándose á la mesa de la izquierda.*) Hablad, señor gobernador.

Duque. Vuestro nombre, vuestras riquezas y vuestra popularidad, os han hecho tomar parte en todas las reuniones de los descontentos desde la de San Troud hasta la de Termonda, y habeis presidido varias veces las sesiones del palacio de Cuilemburgo: me consta. Se tambien que esas reuniones continuan todavia, entre tinieblas, pero en todas partes, y aun dentro de Bruselas. Ya es tiempo de que los verdaderos servidores del rey rompan todo trato con la heregía y con la sedicion, y

en prueba de vuestra fidelidad, os ruego me descubrais los planes secretos y los gefes de la rebelion.

Egm. Al Conde de Egmont, Señor le pedís una delacion! Para encontrad traidores, buscadlos debajo de vos, mas no entre vuestros iguales.

Duque. Es decir que con vuestro silencio quereis asegurar la impunidad á los delincuentes!

Egm. Hablais de delincuentes, señor Gobernador, y no sospechais cual es el primero, el mas grande tal vez!

Duque. Nombradle, ya que le conoceis.

Egm. Principiaré por bosquejaros su historia: en cuanto á su cuna no se sabe otra cosa sino que es flamenco. Ignorándose quien es ni de donde viene; se ha hecho un lugar, sin saberse como, entre los plebeyos, esos plebeyos que la heróica casa de Artewelde elevó á la par de la nobleza. Durante la última visita que hizo Felipe II á estas provincias supo captarse su gracia, siguióle muy pronto á las Castillas, y en premio de sus infames servicios acaba de obtener una egecutoria de nobleza con un título español, para que nada faltase....

Duque. Osais censurar una gracia real, señor Conde!

Egm. Desde el momento en que llegó á adquirir influjo en los consejos del rey, empezaron las medidas de rigor y los progresos del desorden. Encargado hace dos años de una comision en Flandes, no hizo mas que ecsasperar los partidos en tales términos que no es fácil decidir si causó mas daño á la Flandes ó á la España.

Duque. Ved, Conde....

Egm. Perdonad.... Otra vez de regreso entre nosotros, le vemos ser instrumento de nuevas tropelías, azote de nuestras provincias, á las que tiene en la mayor opresion y espantajo de nuestro gobernador, cuyos pasos está acechando por encargo de un amo suspicaz y desconfiado.

Duque. (*Levantándose.*) Desgraciado! os atreveis á acusar al rey.

Egm. Solo acuso al secretario de su Ministro, el mas fiel agente de las crueldades de la inquisicion, al Conde de Vargas....

Duque. (*Volviéndose á sentar.*) Muy bien, señor Conde.— El Gobernador, su secretario, el Rey, el Santo Oficio, ninguno se libra de vuestros sarcasmos. Ya veo que no

me han engañado al avisarme que ibais á renegar de la fé de vuestros padres.

Egm. (*Levantándose.*) Yo apóstata? Es una calumnia! Para amar uno á su patria y defenderla, no es necesario variar de religion.—Tal vez cierta parte de los habitantes de este pais no se hubiera apartado nunca del seno de la iglesia, sino se la hubiese enviado verdugos en vez de predicadores.

Duque. Vuestras palabras respiran heregía.—La verdad debe ser una si es que quiere reinar por mucho tiempo. Cuando el error se introduce en las creencias, estas se purifican con la sangre y con el fuego, y entonces el patíbulo y la hoguera son sagrados.

Egm. Con sangre, no es verdad? con la hoguera? Tambien la cruz fue en su tiempo un instrumento de suplicio, y de diez y seis siglos á esta parte ha sido y será siempre, á pesar de las blasfemias de los opresores, el signo victorioso de la libertad!

Duque. (*Levantándose.*) Libertad!... Hé aqui la palabra favorita.—Libertad! Cual tea de discordia la arrojais en medio del pueblo para que prenda fuego, y luego no quereis que la sangre corra para apagar el incendio!... Y acusais de cruel al que manda verterla para sofocar la rebelion?

Emg. General, os ciega la cólera.... quereis que me retire?

Gob. Conde, escuchad: tengo que preguntaros algo todavia.—Parece que en vuestra última reunion se ha tratado de hacer arrasar por el pueblo la ciudadela de Amberes?

Egm. Estais mal informado, señor Duque, solo se habló de la estátua que tan dignamente ha de coronar aquella plaza.

Duque. Esa estátua es la mia!—Y qué? criticariais?...

Egm. Sí; critico la eleccion de una carcel para pedestal de vuestra estátua!... Pero cual de vuestras famosas hazañas será la que ese momento nos recuerde?

Duque. (*Sentándose*) Me insultais!...

Egm. Sobre esto tenemos pendiente una apuesta, el príncipe de Orange y yo.

Duque. Vencedor en San Quintin, Héroe de Gravelines; mi historia os es bien conocida.

Egm. Orange ha apostado su toison de oro contra mi mejor caballo á que la estátua de nuestro Gobernador representaria el Presidente de un tribunal... por ejemplo del que tuvo la gloria de condenar á muerte al elector de Sajonia y yo....

Duque. Mirad, Conde, cortemos aqui la conversacion y que Diós os guarde.

Egm. Es preciso que os acabe de informar para que decidais entre Orange y yo.

Duque. Con que quereis....

Egm. Acordándome de que sois á la vez cortesano y general, he apostado á que vuestra estátua tendria en el zócalo por inscripcion lo que de vos ha dicho Carlos V: «*Salud al Duque de Alba, Generalísimo en tiempo de paz y Gran Chambelan en tiempo de guerra.*» —Ya habeis oido el pleito, á vos os toca ahora sentenciarlo, noble juez.

Duque. Guillermo el Taciturno ha ganado.

Egm. En este caso se ha cobrado por adelantado; pues hace dos dias que ha desaparecido con mi caballo.—Y ahora, pasadlo bien, señor Duque.

Duque. (*Levantándose y cogiendo su baston de mando que está sobre la mesa.*) Es tarde: no saldrás ya de aqui.

Egm. Cómo?

Duque. Estás hablando con el Presidente de un tribunal....

Egm. Tú?... en este dia?

Duque. No has oido hablar del consejo de los doce?

Egm. Sí; y de su sanguinario ministerio.

Duque. Cuenta, pues, cuantos somos. (*Al decir esto dá un golpe sobre la mesa con su baston de mando: la cortina de la izquierda se abre y deja ver un tribunal en que estan sentados once jueces con togas encarnadas: está iluminado con antorchas.*)

Egm. (*Despues de haber contado con la vista y con el gesto.*) Cuantos somos? Trece.... y tu eres el Judas.

Duque. Enrique de Egmont, el rey os manda que le entregueis vuestra espada. (*Aqui se abre la cortina de la derecha y se vé en la sala que ella encubria, una compañia de guardias Walonas mandada por don Luis.*) Marques de las Navas, venid á recibirla. (*Don Luis se adelanta.*)

Egm. (*Entregándole su espada.*) * Tomala pues : mas veces ha servido ella al rey, que las que ha protegido mi pecho.

Varg. (*En pie entre los jueces.*) Enrique Lamoral, conde de Egmont, Príncipe de Gavre.

Duque. (*Adelantándose hácia el fondo.*) Vuestra voz desfallece, Conde de Vargas, ceded la palabra al señor de Roda. (*Vargas se sienta, el que está á su lado se levanta.*)

Un Juez. Enrique Lamoral, conde de Egmont, príncipe de Gavre, dentro de una hora compareceréis ante el Tribunal de los doce, como acusado de alta traicion.

Duque. Preparaos para responder. (*Se va por la puerta del fondo.*)

Egm. Voy á prepararme para morir. (*Don Luis vuelve á entrar en la sala de la izquierda ; las cortinas se corren.*)

Egm. (*Solo.*) Oh Dios! proteged á Orange! Los Paises-Bajos no tienen ya mas que un defensor.

ESCENA XIII.

VARGAS, EGMONT.

Varg. (*Se ha quitado el trage de juez y entra por la cortina de la izquierda.*) Conde, cuando habeis salido de Villabreck no os han entregado un billete, que decia estas palabras : «Egmont, no vayas á Bruselas.» ?

Egm. (*Con indiferencia.*) Es cierto.

Varg. Conde, al pasar por delante de la casa de Ayuntamiento de Villevorde no recibisteis otro billete, que decia : «El Duque de Alba es un traidor.» ?

Egm. (*Con atencion.*) Es verdad.

Varg. Conde, cuando llegabais á las puertas de Bruselas, no os pusieron en la mano otro billete, en el que estaba escrito : « Morirás en Bruselas.» ?

Egm. (*Con interes.*) Es positivo.

Varg. Y á pesar de todo, habeis venido! insensato!

Egm. (*Con admiracion.*) Quién me enviaba esos avisos? Qué mano los habia trazado?

Varg. La reconocereis al pie de vuestra sentencia de muerte. (*Cae el telon.*)

---

* *El Duque, el Tribunal, Egmont, don Luis, las guardias Walonas.*

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un jardin: en el fondo á la derecha, se ve el palacio de la Baronesa de Berghes, oscuro al principio y que irá iluminándose poco á poco, y que comunica con el jardin por medio de puertas con cristales. El lado derecho de la escena está cerrado, por una galería con balaustrada que dá á la plaza del mercado de Bruselas. Al estremo de esta galería hay una puerta de entrada con un ex-voto á la Vírgen cuya luz se difunde sobre el primer plano. A la izquierda y sobre el mismo plano, un pequeño pabellon que comunica con la escena: lo restante del teatro por este lado, se pierde en los jardines. En ambos lados del proscenio un asiento rodeado de boxes.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE *de* WINTER, RODOLFO, *Ciudadanos de Brujes, y otros patriotas flamencos que entran por la derecha.*

Wint. Y se atreverán á condenarle?

Rodol. El señor de Vargas es quien preside el consejo de los Doce y hasta ahora ese tribunal de sangre no ha pronunciado sino sentencias de muerte.

Wint. Pero por fin se trata del conde de Egmont y...

Rodol. Y su juez es el duque de Alba.

Wint. Aqui viene el baron de Breda: puede que nos traiga noticias recientes del consejo de los Doce.

ESCENA II.

WINTER, BREDA, RODOLFO.

Breda. (*Entrando por la derecha.*) Condenado.

Wint. Condenado!

Breda. A muerte.

Rodol. A muerte!

Breda. Y por unanimidad; menos una bola blanca que

cada uno de los jueces querrá atribuirse sin duda.

Wint. Escepto el Duque y su secretario.

Rodol. El príncipe de Orange nos queda todavia para servir de gefe á nuestra santa insurreccion.

Wint. Pero donde está? que hace? porque no se ha presentado á la conferencia del Duque?

Rodol. A ella se encamínaba, segun dicen, cuando ayer noche despues de cenar, no lejos de Malines, en una posada donde habia parado para descansar, recibió un correo que le traia una carta de parte del gobernador. Apenas habia acabado de leerla, cuando se quejó de pesadez en la cabeza y á pocos momentos quedó aletargado en un profundo sueño. Lleváronle vestido como se hallaba sobre una cama y al despuntar el dia habia desaparecido.

Breda. De que modo?

Rodol. Se ignora.

Wint. Nadie le vió?

Rodol. Nadie. Se presume que se habrá escapado hácia el Brabante: y quiera Dios que asi sea! porque entonces nuestra causa tendria un caudillo. Otros suponen que ha sido arrebatado por la policía del gobernador; y quiera el cielo no se confirme! porque entonces sufriria la misma suerte de Egmont.

Breda. El señor de Bergen nos está esperando, amigos mios.

Wint. Calla! no es el mismo que viene hácia nosotros?

ESCENA III.

Los mismos. El MARQUES *de* BERGEN *y el* CONDE *de* LOWEN *que entran por el fondo y por la izquierda.*

Berg. Si, amigos mios, el mismo, que os presenta ademas una noble víctima de nuestra santa causa. El conde de Lowen.

Wint. Bien venido sea!

Breda. Honor al prisionero de la inquisicion!

Wint. Gloria al noble rebelde de Gante!

Rodol. Salud y prez al amigo, al compañero de armas de Roberto de Artewelde!

Lowen. * Basta, amigos mios; basta! Ah! este instante me compensa todos los tormentos que he sufrido!

Wint. Cuanto habreis padecido!

Breda. Y habeis podido escaparos!

Rodol. Que alegría habreis sentido al pisar vuestro pais nativo, despues de veinte años de ausencia!

Lowen. Ah! en aquel momento lo he olvidado todo; mi derrota, mi destierro, hasta el amigo que perdí! Ni siquiera me he acordado de que la tierra que estaba besando, se hallaba todavia humedecida por la sangre de mis hermanos!.. He creido que iba á espirar de placer! pero he comprimido mi conmocion recordando que yo no debia morir sin haber hablado antes con don Luis, marques de las Navas.

Berg. (*Con admiracion.*) El lugar teniente del gobernador.

Lowen. El amigo del desventurado don Cárlos.

Wint. (*Con sorpresa.*) El hijo del duque de Alba.

Lowen. El hijo de la Flandes.--Pero permitid, señores que no me explique mas por ahora. He salido de los calabozos de España con un secreto que puede transformar á don Luis en un flamenco, en un confederado, en un libertador. Ver á este jóven y morir en seguida en el seno de nuestra comun patria, ha sido mi único anhelo durante mi largo cautiverio: esta es la sola mision que tengo que llenar en Flandes.

Breda. Precisamente hay baile esta noche en casa de la Baronesa de Berghes, la mas accérrima realista de Flandes. El hijo del gobernador asistirá á el sin duda alguna.

Berg. Y yo como vecino de la Baronesa estoy convidado á la funcion.

Lowen. Quereis avisar á don Luis, que le estoy esperando?

Berg. En que punto?

Lowen. Aqui, en este jardin, que segun veo, comunica desde vuestra casa con la de la Baronesa.

Berg. A que hora?

Lowen. Cuando esté para concluirse el baile, á las dos de la mañana.

---

* *Breda, Bergen, Lowen, Wenter, Rodolfo, y detras de ellos, otros nobles y plebeyos.*

Berg. Bien está. Retirémonos, señores; hénos aqui á todos reunidos. De los nobles de Flandes y del Brabante que se hallan actualmente en Bruselas, ninguno falta á nuestra junta.

Rodol. Escepto uno; el conde de Vargas.

Berg. El Rey de España acaba de ennoblecer con ese título y ese nombre español á un intrigante de baja estraccion; pero para nosotros, señores, que formamos la pura y antigua nobleza de los Paises-Bajos, el Conde de Vargas será siempre un hombre oscuro, Albernot-Van Stad simple ciudadano de Brujes.

Rodol. Poco á poco, señor Marques! yo soy ciudadano de Brujes y os juro por santa Brigida que jamas he conocido allí á ninguno de este nombre. Tambien nosotros rechazamos de nuestras filas al señor de Vargas. (*Vargas se deja ver en el fondo.*)

Lowen. Ah! no basta eso todavia. A ese traidor se le habia de echar del mundo y arrancarle la vida.

Berg. Silencio! señores: en casa de la Baronesa tienen entrada franca los amigos del señor de Vargas y he visto en este momento á un hombre sospechoso que acaba de entrar en el jardin.

Lowen. (*A media voz.*) Si, retiremonos, amigos mios, ocultémonos entre las tinieblas y el silencio hasta que llegue el gran dia de la venganza y de la justicia. (*Se marchan todos por la izquierda hácia la casa del Marques.*)

ESCENA IV.

VARGAS *solo*, *luego* ISOLINA.

Varg. No es el nombre de Vargas el que pronunciaban en medio de ultrages y de maldiciones? Ah! siquiera, que no los oiga mi hija: que nunca llegue á conocer á su padre bajo ese título odioso; que en este recinto á lo menos y solo para ella no sea yo sino el oscuro ciudadano de Flandes, Albernot-Van Stad! (*Va á entrar otra vez y repara en Isolina.*) Ah! ella es!—afortunadamente ya se han marchado.

Isoli. (*Saliendo de casa de la Baronesa y dirigiéndose hácia Vargas.*) Me aguardabais, padre mio!

Varg. Cuan hermosa estás hoy Isolina!

Isoli. Es porque he de presentarme á vuestro lado en el baile de mi tia.

Varg. Yo no podré ir, hija mia.

Isoli. (*Agarrandole del brazo.*) Y por que no podreis asistir á la funcion, padre mio?—Cuando me lo habiais prometido? Ah! por que me engañais asi? En los dos meses que hace que habeis vuelto de España, os hemos visto tan pocas veces! y casi siempre disfrazado! Y aun en este momento, yo misma apenas os reconozco.—Sabeis que esto empieza á parecerme estraño? Ademas la Baronesa va tomando conmigo cierto aire de misterio!.. Es acaso para vos un caballo que ha mandado ensillar ahora mismo?

Varg. (*Sonriendo.*) Siempre curiosa, señorita!..

Isoli. Bien está, guardad vuestros secretos, no me empeñaré mas en adivinarlos.

Varg. (*Que se ha separado de Isolina y se ha sentado en un banco de la izquierda.*) Isolina, acercate. Veo que le falta algo á tus adornos. (*Le enseña un collar.*)

Isoli. (*Sentándose al lado de su padre.*) ¡Que hermoso collar... — pero...

Varg. Qué significa esa suspension?

Isoli. ¡Cuántos sudores habran costado esos brillantes:! ¡Cuántas lágrimas se podrian enjugar con lo que vale esa alhaja!

Varg. (*Poniendoselo al cuello.*) Dobla tú su valor, llevándolo esta noche y mañana te le compraré yo... en el precio que me pidas.

Isoli. Ah! mil gracias padre mio!

Varg. La Baronesa dirá que te vicio con mis ridículas prodigalidades.

Isoli. Pues no dice que hago mal uso de vuestros regalos, y que soy una rebelde por que los distribuyo indistintamente á los realistas y á los patriotas?

Varg. Tú no atiendes sino á las lágrimas y á los padecimientos de unos y de otros, ¿no es verdad? Conserva siempre esa ilusion, hija mia; la caridad ha de ser ciega como el amor.

Isoli. ¡Ah! vos sois noble y generoso, padre mio, ¡Por qué no sereis al mismo tiempo mas visible y mas franco para con vuestra Isolina!

Varg. ¡Otra vez!

Isoli. Perdonad, padre mio: ¿no soy yo vuestra hija querida?

Varg. Y mi único tesoro.

Isoli. Unico! — esta palabra está para vos llena de luto cuando me la dirigis. Me habeis dicho que vuestra primera esposa os habia dado un hijo.

Varg. Es cierto. Dos dias despues de su nacimiento me lo robaron de la cuna en medio del tumulto de nuestras guerras nacionales.

Isoli. ¿Y si le encontráseis algun dia?

Varg. He perdido ya la esperanza y casi tambien el deseo de volverle á ver.

Isoli. Pues siempre que os veo triste á mi lado, se me figura que pensais en mi hermano, y entonces casi tambien me entristezco yo con vuestros propios recuerdos..... Y esto es porque tengo derecho á todo vuestro cariño, padre mio; es porque quisiera veros tan orgulloso de tenerme por hija como yo lo estoy de teneros por padre.

Varg. ¡A mi! oscuro ciudadano de Brujes!

Isoli. Ah! vos sois algo mas de lo que pareceis si he de creer lo que me anuncia mi corazon. Vos sois tan ilustre como bondadoso.— Sois plebeyo segun decís (¿y qué importa? Mas quiero ser la hija de Albernot-Van-Stad que la heredera del Conde de Vargas.

Varg. (*Conmovido, levantándose y estrechándola contra su pecho*) ¡Hija de mi corazon! ¿con que tú no tienes las mismas opiniones de la Baronesa?

Isoli. En la edad de mi tia se tienen opiniones: en la mia solo se conocen los efectos del alma.

Varg. Eso vale mucho mas, hija mia.

Isoli. O basta á lo menos para preferir la nobleza de las acciones á la que dan los pergaminos.

Varg. ¡Ah! Cuan feliz soy en hallarte animada de tan generosas ideas! —Precisamente queria rogarte que me ayudases á hacer una buena accion: ¿estás dispuesta á ello?

Isoli. Si lo dudáseis, me enojaría con vos.

Varg. Esta noche verás en el baile á don Fernando, á ese jóven.....

Isoli. El que nos siguió á mi tia y á mi al sermon del padre Vazquez.....?

Varg. Y el mismo con quien bailaste en casa de la Marquesa de Sandoval.

Isoli. Sabeis que ha tenido el atrevimiento de escribirme?

Varg. ¿Y que has hecho de la carta?

Isoli. Se la he entregado á mi tia, quien se ha reido mucho de ese jóven..... Á mi no me ha causado risa sino enojo.

Varg. Pues esta noche debes perdonarle.

Isoli. ¿Es ésta la buena accion que esperais de mí?

Varg. Pero ten cuidado por que don Fernando es el lugarteniente del duque de Alba y debe profesar sin duda las mismas opiniones de la Baronesa.

Isoli. Tanto mejor, asi podré rebatírselas y tal vez se las haré cambiar.

Varg. Haz ese milagro y adquirirás, si es posible un nuevo título á mi cariño.

Isoli. ¿Y como hasta ahora me hebeis hecho creer que erais realista?

Varg (*En ademan de escuchar hácia el fondo*) Calla.... ¿no oyes llamar á la puerta del pabellon?

Isoli. No percibo el menor ruido. — Hablábamos de don Fernando.

Varg. Don Fernando es el gobernador de la plaza: nadie puede salir de Bruselas sin un permiso firmado de su mano.

Isoli. Y qué quereis decir con eso?

Varg. En aquel pabellon se oculta un hombre á quien persigue la saña de Felipe segundo.

Isoli. Y tambien la policía del señor de Vargas, como es de suponer.

Varg. Su cabeza está puesta á precio, ¿me aconsejarías que la vendiese por algunas medallas de España?

Isoli. Ah! callad! ese oro os mancharia las manos.

Varg. Ese proscripto es un patriota, es un flamenco.

Isoli. Qué importan su nombre ni su clase, su patria ni sus opiniones? en nuestras discordias civiles, cuando los hombres olvidan que todos son hermanos, ¿no deben las mugeres compadecerse de todas las miserias y ser ellas las hermanas de los débiles y de los oprimidos? — Ese hombre es desgraciado y proscripto, es menester salvarle.

Varg. De tí sola depende su salvacion.

Isoli. De mí?

Varg. Don Fernando es generoso y compasivo: no te será dificil obtener de él por la persuasion ó por sorpresa un permiso para salir de la ciudad.

Isoli. Pero esto seria casi aconsejar una traicion.

Varg. Y no es casi un asesinato el que vas á impedir?

Isoli. No seria esto comprometer á don Fernando y envilecerme á sus ojos?

Varg. Este paso no tiene para él nada de peligroso, ni para tí nada de degradante.

Isoli. No lo daria yo por salvar mi propia vida.

Varg. Y si se tratase de la mia?

Isoli. De la vuestra!

Varg. Habiendo escondido á ese hombre en contravencion á las leyes, me he hecho cómplice suyo y la policia del señor de Vargas puede hacerme sufrir igual suerte que á él.

Isoli. Padre mio!..... Os obedeceré

Varg. Ah! mi querida Isolina, cuanto te lo agradeceré! El baile va á empezarse, vé hija mia; á tí te toca hacer los honores y la delicia de la funcion. (*La casa de la Baronesa se habrá ido iluminando poco á poco: Se oye á lo lejos la música del baile.*)

Isoli. (*Sonriéndose.*) Eso no pasa de un cumplido, padre mio. Y don Fernando, suele hacérlos tambien?

Varg. Tú me lo dirás luego..... (*Solo, y mirando á Isolina que entra en casa de la Baronesa.*) Pobre Isolina! Otra vez ha sido preciso engañarla! (*Mira si hay alguien en el jardin.*) No hay nadie. (*Va á abrir la puerta del pabellon.*)

ESCENA V.

EL PRINCIPE DE ORANGE, VARGAS.

Princ. (*Saliendo del pabellon y mirando en derredor de si.*) Donde estoy?

Varg. En Bruselas.

Princ. Cuánto tiempo he estado en ese encierro?

Varg. Veinte y cuatro horas.

Princ. Y como me han metido en él?... Ah! ya me acuerdo. Cerca de Malines he recibido un pliego. Al leerlo,

me he sentido morir. Quien me enviaba esa carta?

Varg. Yo.

Princ. Y aprovechándose de mi letargo, me habran conducido aquí. Quien ha sido el atrevido?

Varg. Yo.

Princ. Y vos que habeis osado poner sobre mí la mano. Sabeis quien soy?

Varg. El Príncipe de Orange.

Princ. Y quien sois vos, que así me salio al encuentro en el camino con el veneno en una mano y en la otra las llaves de carcelero.

Varg. Yo soy..... un hombre á quien habeis ofendido mortalmente.

Princ. Y que quiere vengarse con alevosía.

Varg. Eso está por ver aun, Príncipe.

Princ. Pero en qué os he ofendido yo? quereis decírmelo,

Varg. No haceis memoria de un ciudadano de Flandes, cuya esposa insultásteis habrá unos diez años?

Princ. No..... no me acuerdo de tal cosa.

Varg. Bueno..... Así va el mundo!... Esa es la costumbre de los grandes de la tierra. Nos pisoteais y seguis adelante sin volver la vista siquiera al infeliz que habeis atropellado..... La memoria de lo pasado está solo reservada para los desgraciados.

Princ. Al grano, Señor, al grano. Yo os he ultrajado; convengo en ello! vos deseais vengaros, en vuestra mano está; pero, sino quereis tomaros la venganza de los cobardes, dadme una espada y yo os haré el honor de batirme con vos.

Varg. Ya estoy vengado.

Princ. Como? que significa eso?

Varg. No os esperaba para una conferencia el duque de Alba?

Princ. Ah! ya entiendo. Vos me habeis hecho robar para que faltase á mi palabra, no es verdad?

Varg. No! sino para libertaros de sufrir la misma suerte que vuestro amigo.

Princ. Enrique de Egmont?

Varg. El mismo, á quien el consejo secreto, presidido por el conde de Vargas acaba de condenar á muerte.

Princ. A muerte!.. mientes, calumnias...

Varg. Al conde de Vargas tal vez?

Princ. Al duque de Alba por lo menos.

Varg. Yo digo la verdad. En este momento se está publicando la sentencia del conde de Egmont por las calles de Bruselas y mañana rodará su cabeza sobre la plaza del mercado.

Princ. Enrique; mi amigo, mi compañero de armas!

Varg. Y vos mismo, Príncipe, aunque ausente, habeis sido condenado á la misma pena.

Princ. Pero esto es una proscripcion general?

Varg. Sí, Príncipe. Y vuestros bienes ademas y los bienes de Egmont quedan confiscados, como lo han sido los de treinta nobles señores y de dos mil ciudadanos que han precedido en el camino del cadalso.

Princ. Esto es un pillage infame!

Varg. Sí, y vuestras familias aherrojadas y proscriptas sin consideracion al secso ni á la edad, ancianos, mugeres y niños.

Princ. Esta es una barbárie sin ejemplo.

Varg. Sí, conde de Nassau y vuestro hijo único, el Príncipe de Buren.....

Princ. Ah! callad!

Varg. Vuestro hijo está preso á estas horas en España y condenado á consumirse toda su vida en los calabozos de la inquisicion.

Princ. Ah! maldicion! maldicion!

Varg. Y bien, Guillermo, conde de Nassau, Príncipe de Orange, ex-gobernador de las provincias de Holanda, de Zelanda y de Utrecht, gefe de la nobleza de Brabante y representànte de la aristocrácia flamenca; ¿hasta cuando os dejareis pisotear por los satélites de un tirano? Será preciso que yo os entregue al verdugo para demostrar á vuestros hermanos que aun conservais una cabeza..... pero buena tan solo para ser cortada?

Princ. Ah! Dios mio!

Varg. Gemidos, suspiros, lágrimas! Eso es bueno para las mugeres y los niños.

Princ. Pero que podemos hacer? que recurso nos queda?

Varg. Y vos me lo preguntais! Acaso os he salvado yo por el fútil placer de salvaros? Y habria abdicado por tan leve satisfaccion los derechos de mi venganza? Ah! bien hubiera debido prepararme para hallar en vos esa prudencia egoista. No se me ocultan los proyectos am-

biciosos que esconde en su seno vuestra alma misteriosa; pero ésta será una cuestion que ventilaremos mas tarde entre nosotros y nuestros hijos. Lo que ahora importa es libertar á la Flandes, nuestra madre comun. Vuestro nombre, vuestro talento, vuestras virtudes y vuestros vicios os han hecho un hombre necesario para nuestra emancipacion. Ved aqui la causa porque á pesar de mis ódios políticos y particulares os he salvado y os perdono. Vuestra vida está en mi mano y en vez de quitárosla como podria, os la dejo para que la consagreis á la defensa de nuestra patria. ¿Me habeis entendido?

Princ. Pero yo solo, sin amigos, sin autoridad, proscripto y privado del apoyo del generoso Egmont ¿qué puedo hacer?

Varg. Si Egmont hubiese querido aceptar la salvacion que yo le ofrecia y vos os halláseis ahora en su lugar... no titubearia él ni un instante en vengar vuestra muerte. —¿Pero quien sabe? Tal vez la muerte de Egmont sea un decreto de la providencia! Si hubieseis vivido entrambos, habriais sido rivales y nuestra causa se hubiera debilitado con vuestras divisiones. Muerto él, su sombra y su nombre os acompañarán por todas partes ¡Qué ocasion para levantáros contra Felipe Segundo! Vuestra bandera será el sudario de un mártir.

Princ. Ah! Si yo pudiera pasearla por nuestras campiñas y hacerla ondear sobre nuestras fronteras! y llevarla hasta el corazon mismo de España para salvar á los infelices españoles del yugo que los oprime!

Varg. Ademas que esta guerra es distinta de las otras. Acaso se pueden tomar por asalto las ideas como se toman las ciudades? Y las convicciones? es tan facil deshacerlas como se deshace un ejército? Príncipe, podeis ser vencido pero aniquilado, nunca. A cada derrota que sufrais, habrá un batallon estrangero menos y un rencor flamenco mas. Nuestra pátria es una madre fecunda en lágrimas y en sangre: antes faltarán en ella los verdugos que las víctimas.

Princ. Ea pues! Desenvainemos la espada y si es preciso que corra nuestra sangre en defensa de nuestra pátria, sea á lo menos en el campo de batalla!

Varg. Guillelmo! despiertas por fin! Ya puedo saludarte por gefe del ejército de la independencia.

Princ. Pero donde está ese ejército.

Varg. Ecsiste ya, general: escuchad el número y la situacion de nuestras fuerzas. — Los tercios de ordenanza de Enrique de Egmont diseminados en las ciudades de Lovaina, Villevorde y Maestrick se han insurreccionado al saber que su gefe estaba preso.

Princ. Y qué mas?

Varg. Vuestro hermano Luis de Nassau, al frente de doce mil brabanzones acaba de derrotar á Acemberg uno de los generales del Duque á dos leguas de Ambéres.

Princ. (*Con calor.*) ¡Mi valiente hermano! El Escalda es nuestro.

Varg. Vuestros piratas zelandeses han embestido ayer la escuadrilla enemiga y la han destruido: el puerto de Brille les ha sido entregado!

Princ. El puerto de Brille! llave de la Holanda del mar y del Mosa!

Varg. Tenemos tambien inteligencias dentro de Bruselas. Todo se prepara contra el opresor hasta su mismo hijo! Esta ciudad es un volcan, que estallará á la primera chispa.

Princ. Si el suplicio de Egmont fuese la mecha de esta mina!

Varg. Asi lo espero á lo menos.

Princ. Armas, dadme armas!

Varg. Las hallareis en casa de vuestro amigo el Marques de Bergen.

Princ. Y un caballo?

Varg. Os espera á la puerta de su casa.

Princ. Y un permiso para salir de la ciudad?

Varg. Lo tendreis antes de una hora.

Princ. Y vos no me acompañareis?

Varg. No, príncipe, mi puesto es aqui.

Princ. Vos sois sin duda uno de esos apóstoles de la nueva religion que han abrazado los intereses de nuestra causa?

Varg. Yo he nacido y moriré católico!

Princ. Decidme á lo menos vuestro nombre, para que mi gratitud.......

Varg. Guardadla toda entera para nuestra patria, Guillermo de Nassau. Si yo perezco antes de ver logrado el fin de mis afanes, mi nombre y mi secreto morirán conmigo.

Princ. (*Apretándole la mano.*) Ea pues! A Dios!

Varg. A Dios! (*Vargas permanece algunos instantes viendo marchar al principe, luego toma parte en la escena que sigue sin dejarse ver de don Luis.*)

ESCENA VI.

DON LUIS, ISOLINA.

Salen ambos de los salones de la baronesa. Don Luis dá el brazo á Isolina.

Isoli. Soy de ese parecer, don Fernando, ¿pero á donde vamos? Conducidme os suplico al lado de la baronesa.

Luis. Siempre esa muger entre los dos!

Isoli. Es mi tia.

Luis. Decid mas bien vuestra carcelera.

Isoli. Volvamos á entrar. (*Isolina ve á su padre que le hace una seña para que no se vaya.*)

Luis. Por favor quedaos un momento.

Isoli. Acaban de daros una cita y me parece que no debo....

Luis. Cabalmente la cita ha sido en estos jardines; permaneciendo aqui ya veis que no falto á ella. ¿Y donde mejor podemos continuar la discusion que vos misma habeis promovido?

Isoli. (*Dirigiéndose al banco de la derecha.*) Segun eso insistis en ella tadavia?

Luis. Si insisto, no la doy por concluida.

Isoli. Entonces vuelvo á repetirlo: soy flamenca y no puedo aprobar la conducta del Gobernador de quien sois lugar-teniente: ni la del conde de Vargas que es vuestro cólega. (*Vargas se retira pasando por los jardines.— Isolina y don Luis se sientan.*)

Luis. Y quien os ha dicho que yo mismo la apruebo?

Isoli. Pero sois el confidente del gobernador.

Luis. Es verdad, mas quizás á pesar mio.

Isoli. Ser su amigo, el depositario de sus secretos, el eco de sus pensamientos. Sabeis, don Fernando, que este es un honor envidiable?

Luis. Cuan grato me sería partirlo con vos! haciéndoos señora, la confidente de mi alma, haciendo que leyéseis lo que pasa en mi corazon.

Isoli. Que leyese ; todo lo que quisiera ?

Luis. Todo lo que hay en él.

Isoli. (*Levantándose algo turbada.*) Tenia que preguntaros una cosa... pero no me acuerdo. Perdonad.—Estoy trastornada.

Luis. Ya que os vais, siquiera dejadme un recuerdo. (*Coge el libro de memorias que Isolina ha dejado sobre el banco.*)

Isoli. (*Volviendo.*) Ah ! volvedme....

Luis. Despues de haber escrito en él mi nombre, lo permitís?...

Isoli. (*Algo cortada.*) Como gusteis.

Luis. Ni una sola letra hay en sus hojas, tan blancas como vuestra alma.

Isoli. (*Ap.*) Ah, padre mio !

Luis. (*Despues de haber escrito.*) Este nombre es el primero y el único, le conservareis mucho tiempo?

Isoli. (*Que ya tiene en sus manos el libro de memorias.*) Mas de un desgraciado hay en Bruselas á quien esta simple firma daria la libertad y quizá la vida.

Luis. Por ventura creeis?—Eso seria conceder á ese nombre demasiado honor y un poder que no tiene.

Isoli. Vos, don Fernando, sois español por origen y por opiniones.

Luis. Pero soy flamenco de nacimiento y de corazon.

Isoli. En medio de nuestras alegres fiestas, cuando tantos oprimidos sufren y lloran, los remordimientos no han acibarado alguna vez vuestros placeres?

Luis. No señora : á lo menos cuando son tan puros como el que ahora esperimento.

Isoli. Fernando, Dios ha dado á los hombres la fuerza y el poder para que hagan triunfar la paz y la justicia.

Luis. Y á las mugeres la gracia y la belleza para que reinen la dicha y el amor.

Isoli. (*Conmovida.*) Basta, señor, tratemos de otra cosa; tal vez me he equivocado al mezclar los recuerdos de Flandes con vuestros placeres.... Habladme del azulado cielo, del ardiente sol de España, de vuestra patria.

Luis. Donde está el amor, allí la patria; donde vos os halleis esa es la mia, la de Isolina, cuyas miradas abrasan mas que el sol de medio dia, y cuyos ojos son mas puros que el cielo de la España.

Isoli. Hablemos de Flandes.... puesto que es nuestra patria. Desgraciado pais !... Los estrangeros le han cubierto de sangre y de luto. Cada ciudad es un calabozo. Bruselas lo es ya tambien : hoy se han cerrado sus puertas y nadie puede salir sin vuestro permiso, señor comandante. Yo misma soy vuestra prisionera; y si mañana despues del baile quisiera hacer partícipe de los goces de esta fiesta á los pobres del campo, me seria imposible.

Luis. Los ángeles como vos bajan del cielo, y ningun hombre tiene derecho para impedir el bien que hacen al pasar por la tierra. Señora, decid una palabra....

Isoli. No quiero engañaros, don Fernando, pero lo que ofreceis á mi caridad para con los pobres, lo negariais á la piedad para con los proscriptos?

Luis. Qué quereis decir?

Isoli. Sé de un infeliz á quien en este momento persiguen los agentes de Vargas; inculpareis en mi el deseo que tengo de salvarle?

Luis. No: seria una accion noble y generosa.

Isoli. Perdonadme, pues, el haber querido que tuvieseis parte en ella.

Luis. Yo.

Isoli. Sí, vos: para salir de la ciudad mi protegido solo espera (*Mostrándole el librito de memoria.*) esta firma, mas no debia hacer uso de ella sin vuestro consentimiento.

Luis. Quiero tener parte mas franca y eficaz en vuestra buena obra. (*Saca un papel.*) Tomad, señora.

Isoli. Un pase en blanco—firmado Luis, marques de las Navas.... Ah, señor, vos me ocultabais la mitad de vuestros títulos.

Luis. Para depositarlos luego á los pies de mi soberana.

Isoli. (*Percibe á Lowen y á Bergen, que un poco antes han principiado á pasearse por los jardines hablando quedo y mirando hácia las partes en que estan los dos jóvenes.*) Dejadme.

Luis. Me despedís de ese modo, Isolina?

Isoli. Sí: nos volveremos á ver en casa de la Baronesa. (*Entra en el palacio.*)

Luis. Amable niña, me parece que nuestros corazones estan ya de acuerdo.... Cuanto debo al conde de Vargas!

ESCENA VII.

En el momento en que don Luis va á entrar en los salones, hace Bergen una seña á Lowen, como para decirle : «Este es.» Los dos ancianos se separan : Bergen se interna por la izquierda hácia los jardines, y Lowen se adelanta al proscenio.

LOWEN, DON LUIS.

Lowen. Señor Marques de las Navas.

Luis. Sois vos el que me ha citado aqui ?

Lowen. Estaba esperándoos, don Luis.

Luis. Decid pronto, porque tambien me esperan en otra parte.

Lowen. Cómo ?

Luis. Veis la luz de esas ventanas? escuchais esa música ? pues son las de una fiesta á donde me llaman el placer y el amor que he abandonado por vos.

Lowen. No sois flamenco de nacimiento don Luis ?

Luis. Me prohibe eso el divertirme ?

Lowen. Os impone el deber de reflexionar.

Luis. Que quereis decir ?

Lowen. (*Pasando por delante de él y señalando hácia la plaza del mercado.*) Mirad hácia esta parte, veis ese cadalso, que como una sombra se dibuja en la oscuridad ? Oís el grito de venganza que en esa misma plaza levantan al cielo los manes de las víctimas. Esa es una fiesta de otra clase que vá á empezar ahora, una tragedia en la cual os mando representeis el papel que os corresponde, en nombre de la Flandes vuestra patria.

Luis. Conteneos, señor, y pesad vuestras palabras, porque la noche no me deja ver vuestras canas. Quién sois para usar conmigo de ese lenguage ? No os conozco, jamas os he visto.—Qué quereis ? De donde habeis salido ?

Lowen. De los calabozos de España.

Luis. Puesto en libertad ?

Lowen. No : fugado.

Luis. Fugado !

Lowen. El Conde de Lowen ha burlado la vigilancia de

los inquisidores de España, mi cabeza está pregonada: cualquiera, vos mismo podeis entregadla y recibireis el precio que la han puesto. Ese sanguinario consejo, el secretario Vargas, os la comprarán á peso de oro.

Luis. Me creeis acaso capaz.... Pero muy poderosas deben ser las razones que os impulsan á arrostrar la muerte del modo que lo haceis, cuando la saña de los jueces y el cebo del oro la ponen en riesgo tan inminente.

Lowen. Vos mismo podeis apreciarlas. Quince años he pasado en las cárceles de España, con la única esperanza de que la muerte me librase de mis pesadumbres y de los tormentos. Muchos desgraciados habian salido ya para el cadalso, sin que parase en ellos la atencion mas que para envidiarles la muerte, cuando me trageron por compañero de infortunio á un español llamado Jacobo Fernandez.

Luis. Jacobo Fernandez! Ese era el nombre del médico de mi madre.

Lowen. Cabalmente; y el mismo que fue entregado por ella á los jueces del Santo oficio.

Luis. Como culpable de heregía?

Lowen. Ese era el pretesto: quereis saber la causa? hela aquí. Habia entre el médico y la duquesa un secreto de familia, y temiendo que lo revelase....

Luis. Cual era ese secreto? decídmelo.

Lowen. Cuantos hijos tenia la Duquesa otros tantos nacian muertos, y se hallaba amenazada de un próximo divorcio por este motivo, cuando por tercera vez se sintió próxima á ser madre

Luis. Asi me lo han dicho, y despues?

Lowen. No os han dicho tambien que acompañó á su esposo cuando vino á Flandes á reprimir la insurreccion de Gante?

Luis. Asi es, y que en el mismo dia en que fue entrada á saco naci yo.

Lowen. No señor: nacisteis dos dias antes, vuestra madre era flamenca, hermana mia y muger de mi mejor amigo.

Luis. Quién os lo ha dicho?

Lowen. Jacobo Fernandez.

Luis. El médico de mi familia?

Lowen. Jacobo Fernandez, el mismo que despues de dos

años de desesperacion y de silencio todo me lo confesó antes de morir.

Luis. Con que ha muerto!

Lowen. Dueño yo de semejante secreto, resolví fugarme: ya no se trataba de tener resignacion para en adelente. Todas las noches, con el ausilio de mis cadenas, de mis uñas y hasta con los dientes, ahondaba el agugero que principié á hacer en la pared por un lado de mi cama; y logré al fin evadirme.

Luis. Y Fernandez murió!

Lowen. Pero vedme aqui, libre por un decreto de la providencia...

Luis. (*Hablando entre si.*) Las amenazas de divorcio que precedieron á mi nacimiento.— La prision de Jacobo Fernandez—las lágrimas de mi madre...—las sospechas é invectivas del Duque—ah me pierdo en mil congeturas.

Lowen. Joven que decís de lo que acabo de referiros?

Luis. Que todo es una atroz impostura

Lowen. La libertad que tan cara me ha costado, mi cabeza que pongo á vuestra disposicion...

Luis. Nombró Jacobo Fernandez al padre de ese niño? Le habeis vos conocido?

Lowen. Que si le he conocido!.. era entonces mas que mi hermano, mi amigo único entre mil: hoy es un martir muerto con las armas en la mano en defensa de la libertad de Flandes.

Luis. Su nombre?

Lowen. A que deciroslo? es el nombre de un proscripto como el mio, que si da gloria á quien lo posee, atrae tambien contra si la venganza de los tiranos.

Luis. Su nombre?

Lowen. Quereis saberlo y adoptarlo para vengar los ultrages que ha recibido, para echárselo en cara á los estrangeros como un grito de muerte ó de victoria?

Luis. Si, lo juro, lo juro!

Lowen. Alza erguida tu frente jóven, porque al cambiar de nombre no te envilezerás. Si la casa del Toledo es grande, grande y noble tanto como la de los reyes; la que te cuenta entre sus hijos, es grande tambien entre los pueblos. En el banquete de la posteridad los ascendientes del duque de Alba servirán de rodillas á los

tuyos, ellos fueron en el siglo doce los primeros regidores de Flandes, los compañeros de san Luis en la tierra santa, los tribunos con su voz, y los propagadores con sus armas de la resistencia á toda especie de tiranías, vencedores de Felipe el hermoso en la batalla de Coutray, martires en fin en el saqueo de Gante en el reynado de Carlos quinto.—Alza erguida tu frente, jóven, porque esas sombras sangrientas y gloriosas vienen á bendecir el bautismo de su hijo; — del último vástago de los Arteweldes.

Luis. Artewelde!

Lowen. Sientes en ti mismo la fuerza suficiente para llevar este nombre y valor para merecerlo?

Luis. Ser flamenco de orígen como lo soy de nacimiento, y que un mismo cielo fuera el de mi familia y de mi patria, siempre ha sido una de mis mas dulces ilusiones; y tiemblo ahora al ver cercana la realidad!

Lowen. Acabo de manifestarte lo que fueron los Arteweldes en tiempos pasados: ahora te toca á ti hacer ver lo que serán en el porvenir. Herencia de gloria y de desgracias es la que te trasmiten por mi mano, serás digno de ella?

Luis. Yo os contestaré: mañana nos veremos en casa del marques de Bergen. A vuestra voz se ha enardecido mi sangre, y no se que nueva vida me inspiran vuestras palabras. Ah! si tuviera confianza en el sentimiento desconocido que me agita... pero no... antes es preciso averiguar...

Lowen. Adonde vais?

Luis. A ver al gobernador.

Lowen. Para delatarme.

Luis. No: para desvanecer mis dudas.

Lowen. Y despues?

Luis. Confiad en mi, anciano: vuestro sacrificio por la buena causa no será esteril. (*Entra en el palacio de la Baronesa.*)

Lowen. Patria y justicia he cumplido con los deberes que me impusisteis; ya estoy tranquilo. Ahora puede venir la muerte cuando quiera; yo la bendeciré como el sueño del justo.

ESCENA VIII.

LOWEN, VARGAS, JORGE.

Las luces del palacio de la Baronesa se han apagado: no habrá mas luz en la escena que la de la lámpara ó farol del ex-voto.

Jorge. (*Entra por la puerta de la derecha y se dirige á casa de la Baronesa; encuentra á un hombre que tambien se dirige hácia la misma que viene por la izquierda, y esclama al reconocerle.*) Señor de Vargas!

Lowen. De Vargas. (*Se sienta en el banco de la izquierda y escucha.*)

Varg. (*Que reconoce al que le habla.*) Jorge!

Jorge. El mismo; venia á buscaros.

Varg. Con que objeto?

Jorge. Para deciros que los patriotas se han reunido esta tarde en casa del Marques de Bergen.

Varg. Ya lo sabia.

Jorge. Uno de ellos á ido á buscaros para delatar á sus compañeros.

Varg. Lowen. Traidor! (*Ap.*)

Jorge. Ha dicho que le habia parecido ver al príncipe de Orange que salia del palacio del Marques y se dirigia hácia la puerta de Amberes.

Varg. Y que?...

Jorge. En este momento se ha dado orden á cinco mosqueteros de la guardia de palacio para que salgan inmediatamente en su persecucion.

Varg. Llegarán demasiado tarde. Vuelve á decir que no molesten inutilmente á esos soldados. Yo me encargo de perseguir al príncipe de Orange.

Lowen. (*Ap.*) Y yo de defenderle.

Varg. No pierdas tiempo, Jorge.

Jorge. Pero vos no me seguis?

Varg. No: yo me voy por alli (*Señalando la salida de la derecha.*) á la puerta de Amberes... tu por aqui y llegarás mas pronto al palacio del gobernador. (*Conduce á Jorge por el fondo y hácia la derecha.*)

Lowen. (*Ap. en el proscenio.*) Veremos si me eres fiel mi antigua espada? Si no le mato al menos le detendré.

ESCENA IX.

VARGAS, LOWEN.

Varg. (*Va á salir por la derecha encuentra á Lowen y se detiene.*) Quien va allá?

Lowen. Un hombre que quiere medir su espada con la vuestra.

Varg. Un desafio... quereis batiros?..

Lowen. Con el mas criminal de los traidores, con el delator de sus hermanos...

Varg. Quien quiera que seais, caballero, no calumnieis á quien no conoceis, tal vez sea mas facil ser virtuoso como vos que criminal como yo lo soy.

Lowen. Está bien conde de Vargas, no es vuestra conducta sino vuestra vida la que es preciso que defendais!..

Varg. No puedo perder un instante; dejadme pasar.

Lowen. No pasareis sino por cima de mi cadáver.

Varg. Abre paso, ó desgraciado de tí.

Lowen. Defiendete.

Varg. (*Desnudando la espada.*) En guardia, ya que estás cansado de vivir. (*Cruzan los aceros.*)

Lowen. (*Deteniéndose.*) Ah!

Varg. Estais herido?..

Lowen. (*Deseando continuar.*) No, no. —

Varg. Si, veo correr vuestra sangre.

Lowen. Si... siempre por la patria lo mismo aqui que en el saqueo de Gante.

Varg. (*Dejando caer la espada.*) En el saqueo de Gante?. (*Dirigiéndose á el.*) Que decís?.. (*Se miran algunos momentos á la claridad de la lámpara.*)

Lowen. Si mi amigo no hubiese muerto hace veinte y cinco años...

Varg. No hay nadie en el mundo sino Lowen que sepa mi verdadero nombre.

Lowen. Ni que pueda reconocerme mas que Roberto de Artewelde. (*Se abrazan.*)

Varg. Hermano mio!

Lowen. Amigo.

Varg. Has logrado escaparte de la inquisicion.

Lowen. Y tu sobrevivido al saqueo de Gante.

Varg. Infeliz de mi, que tal vez té habré herido mortalmente.

Lowen. Mas yo te he provocado... y por que motivo ?...

Varg. Ah!

Lowen. (*Rechazándole.*) Apartate, ahora recuerdo...

Varg. Por piedad escúchame.

Lowen. (*Retrocediendo.*) Encuentro en ti un traidor...

Varg. (*Que le sigue y suplicándole.*) No, no... un hijo de nuestra patria.

Lowen. Un adulador del Rey, el secretario del gobernador.

Varg. Si, su ángel malo, que le aconseja todos desaciertos, que le precipita en su ruina completando por la astucia, lo que no ha podido conseguir por la fuerza.

Lowen. Al fin el conde de Vargas.

Varg. Siempre Roberto de Artewelde.

Lowen. Gracias Dios mio, muero, y no seré testigo de tanta ignominia. (*Cae en el banco de la derecha.*)

Varg. (*De rodillas.*) Perdon!.. perdon!.. No me abandones con ese adios de maldicion!.. no soy bastante desgraciado?.. No tengo mas que un hermano en quien pueda depositar todos los secretos de mi vida, un solo corazon que pueda comprender lo que pasa en el mio; y acabo en este momento de atravesarlo... y este corazon y este amigo va á espirar maldiciendome... Oh!.. no mueras aun! perdoname.

Lowen. Dejamé morir.

Varg. No, no... que el mundo me calumnie en mi desgracia, que maldiga mi memoria, poco importa: pero tú!.. Ah! no puedo resistirlo.

Lowen. Basta, basta...

Varg. Escúchame... Dios mio, dadle fuerzas para que pueda oirme! Vencido en Gante y dejandome por muerto juré vengar nuestra derrota. Cambié mi nombre y logré introducirme en los consejos del Rey de España con el fin de conspirar contra él: me pase á las filas de los enemigos de la Flandes con el fin de salvarla.

Lowen. Calla por piedad, me vas haciendo sentir perder la vida.

Varg. Si tu supieses... Todo lo he sacrificado por nuestra patria, mi nombre, mi familia, mi honor, hasta mi alma tal vez. Y todo esto sin esperanza de recompensa en la tierra, sin ambicion alguna... Tu me entiendes no

es verdad ?.. Dios mio, dadle fuerzas para que pueda contestarme. Pero tu justicia es la que invoco en este momento, tu bendicion la que imploro.

Lowen. (*Incorporandose un poco.*) Si, si... en nombre de esta desconsolada patria á quien sirves, te perdono y te bendigo... Aun mereces el perdon del cielo, el aprecio de tu hermano... y el amor de tu hijo... (*Vuelve á caer.*)

Varg. Mi hijo !.. pero ya no le tengo. Me lo han arrebatado, no sabes ?..

Lowen. (*En la agonia.*) Si, ecsiste, yo le he visto...

Varg. Mi hijo ecsiste... mi hijo... donde está ?.. quien me lo ha arrebatado ?.. habla... habla...

Lowen. (*Con una voz casi imperceptible.*) Es...

Varg. Su nombre para que lo pueda encontrar, su nombre, su nombre solamente... Respondeme por piedad !..

Lowen. Es...

Varg. Oh !.. oh !.. ya no alienta.

Lowen. (*Espirando.*) Ah !..

Varg. Ya no ecsiste !..

ACTO TERCERO.

Gabinete del Duque, una puerta en el foudo, y otra á la izquierda, una mesa en el mismo lado con recado de escribir, otra á la derecha, en la que hay varios legajos y papeles sueltos.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, *el* DUQUE.

(*El Duque solo, sentado á la mesa de la derecha.*)

Duque. A las tres debe ser decapitado Egmont, y su sentencia aun no se ha firmado! Este honor se lo cedo á Vargas, (*llama y Jorge entra por la puerta de la izquierda.*) Que venga mi secretario..... (*Vase Jorge por el fondo.*) Mi secretario á quién un monarca desconfiado ha puesto á mi lado como si fuese su sombra!..... Y yo duque de Brabante no he de poder deshacerme de este espia?..... Ah! Si el pueblo quisiese vengar en él la muerte de Egmont?..... Yo no sé porque todo me disgusta en este hombre hasta su lealtad al Rey, hasta su respeto por mi persona, y su amistad hacia mi hijo!... *Jorge* (*entrando por la puerta del fondo.*) *El conde de Vargas no está en palacio.*

Duque. Donde está mi hijo?..... qué hace el marques de las Navas?.....

Jorge. Ha salido.

Duque. Tan pronto!..... Con don Juan acaso?......

Jorge. Ha pasado parte de la noche en el baile, y lo restante escribiendo.

Duque. Otra vez?

Jorge. El señor Marqués solicitó con instancia hablar con V. E.

Duque. Y porqué no le dejáste entrar?..... Yo no estaba durmiendo..... — Y dime á quién escribia?....

Jorge. Creo que á la señora Duquesa.....

Duque. A su madre! Habrá Vargas tal vez?.....

Jorge. Hallábase don Luis sumamente agitado, me llamó varias veces sin objeto..... empezó varias cartas que rasgaba en seguida.... V. E. puede verlas, aqui están aun los pedazos.

Duque. Ve á saber si ha vuelto. — (*Jorge se marcha por el fondo.*) Palabras inconexas (*Leyendo.*) » Decidme por Dios la verdad » Ah! una frase entera! «Será posible que no solo no sea yo el hijo de vuestro esposo si no que seré un hijo de padres desconocidos! » Qué misterio! que sospecha!..... Hijo de padres desconocidos el heredero único de mi nombre! Tambien me ha atormentado á mi ese fatal ensueño..... Porqué me ha dado el cielo un hijo que tampoco se me asemeja!..... Mis amenazas de divorcio, los remordimientos de mi esposa, el vehemente deseo que tiene de ver á don Luis antes de morir! Cual será ese misterio que quiere revelarle? Ah! ahora recuerdo que me hallaba yo ausente cuando nació este niño! Estas sospechas despedazan mi alma..... pero quien ha podido inspirárselas á ese jóven? Si habrá sido el conde de Vargas?... Pero con qué objeto? qué interes tendria en ello?.....

Jorge. (*Que ha vuelto á entrar por la puerta del fondo.*) Aun no ha vuelto el señor Marques de las Navas.

Duque. Está bien, traedme aquí esos legajos, y arregla estos otros papeles.

Jorge. Un correo desea hablar con V. E.

Duque. Que entregue sus despachos al señor de Vargas.

Jorge. Dice que no puede confiarlos sino á V. E. el gobernador.

Duque. Que entre.

Jorge. Aqui está. (*El correo entra por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

JORGE, *un* CORREO, *el* DUQUE.

Duque. (*Al correo sin levantar la vista.*) De donde venís?

Correo. (*Aproximándose.*) De España.

Duque. (*Levantándo la vista.*) Ah! traeis pliegos del ministerio?

Correo. (*Descubriéndose.*) Soy portador de una real orden.

Duque. (*Dejando los pliegos que tenia en la mano.* Quien os la ha entregado?...

Correo. S. M. en persona.

Duque. Que habeis hecho para merecer tal honor y confianza?

Correo. Soy el cerrajero Gerónimo.

Duque. El que entregó al Rey las llaves de don Carlos?

Correo. Traidor á su padre, y á nuestra Santa Madre la Iglesia.

Duque. Y el que presentó á Isabel de parte de su esposo el veneno que la dió muerte?

Correo. En una carta preparada, segun dicen, por el señor de Vargas, secretario á la sazon de S. M.

Duque. Basta; esos pliegos...

Correo. He jurado sobre los Evangelios no entregarlos á nadie sino al gobernador en persona.

Duque. (*Levantándose.*) Yo soy.

Correo. Cuando vi á S. E. en Madrid llevaba las insignias de su empleo y de su clase, como he de reconocerlo bajo ese trage?

Jorge. (*Durante el diálogo anterior ha colocado los legajos en el estante de la izquierda.*) He aqui un cerragero que haria muy bien en echarse un candado á los lábios.

Duque. (*Al correo.*) Los pliegos Gerónimo, los pliegos.

Correo. (*A media voz.*) Señor si sois quien habeis dicho no debeis ignorar con que palabras se dan á conocer los enviados del rey Felipe, y del gobernador de la Flandes.

Duque. (*En el mismo tono.*) Teneis razon, hablad.

Correo. Que hay en el mundo superior al Trono?

Duque. Un auto de fe.

Correo. (*En alta voz.*) Gobernador de los Paises Bajos, aqui teneis mis pliegos. (*Los entrega.*)

Duque. (*Descubriéndose.*) El sello real, la letra de Felipe segundo!..... (*Ap.*) He aqui el pliego que con tanto temor é impaciencia esperaba! Cual será su contenido? Si será la confirmacion de mi empleo, ó mi destitucion, y la muerte?..... Gerónimo! — Cuando os entregó el Rey esta carta, observásteis su semblante?

Correo. Me habló con bondad, y con la sonrisa en los labios.

Duque. Tambien se sonrió al espirar su hijo. (*Jorge lleva á Gerónimo que descanse de su viage.*)

Correo. (*Marchándose.*) El cielo os guarde. (*Vánse por el fondo.*)

ESCENA III.

DUQUE *solo.*

(*Va á abrir el pliego y se detiene.*)

Duque. El Rey ha hecho jurar al portador de este pliego que á nadie lo entragaria sino á mi en persona!.... Con qué objeto?..... y ha escogido por mensagero á ese mismo Gerónimo!.... Hay cartas que quitan la vida á los que las abren, y Felipe conoce este secreto..... (*Deja la carta sobre la mesa de la derecha.*) Gobernador de la Flandes, si será esta la felicitacion que tu amo te envia!.... Sí, pero el duque de Alba es cauto y otra persona será la que abra este pliego. (*Llama.*) (*Jorge entra por la puerta del fondo.*) Llamad al conde de Vargas.

Jorge. Acaba de llegar en este instante, y está interrogando á Gerónimo.

Duque. A Gerónimo!.... Hace tiempo que se conocen... dile que le espero, que venga al momento... (*Jorge se va por el fondo.*) A Vargas le toca abrir este pliego; familiarizado con semejantes secretos sabrá adivinar la muerte que tal vez se encierra bajo este sobre..... (*Mete la carta entre los demas papeles.*) y si cae en el lazo, tanto mejor, Felipe segundo me habrá librado el mismo de este angel custodio.

ESCENA IV.

VARGAS, *el* DUQUE.

Duque. (*Sentado á la mesa de la derecha.*) Ya era hora señor de Vargas! Hace ya rato que estoy trabajando solo.

Varg. Es culpa mia, Señor, que las vigilias del gefe de vuestra policia quiten por las mañanas algunas horas de trabajo á vuestro secretario?.....

Duque. No, mi querido don Juan, no es una reconvencion, es un sentimiento.

Varg. V. E. tiene demasiada bondad.

Duque. Ayer os avisé haberse esparcido voces de que el príncipe de Orange se halla en Bruselas.

Varg. Son voces infundadas.

Duque. Así me parecen... Y la noche ha sido feliz ?...

Varg. Sí, feliz, y sangrienta.

Duque. Algun asesinato?...

Varg. Poco menos, un desafio del que he salido vencedor.

Duque. Quien ha sido vuestro contrario ?...

Varg. Un flamenco, un anciano debilitado por mas de veinte años de calabozo....

Duque. Lowen ?...

Varg. Por fin, ya he librado al Rey de uno de sus mas terribles enemigos.

Duque. Bien, Vargas. En el primer parte que dé al Rey hablaré de vos, y os prometo una nueva prueba de su real munificencia.

Varg. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) Ah !... sí, siempre oro, en recompensa de sangre !...

Duque. (*Levántandose.*) Usais á veces de espresiones, y de un acento que descubren vuestro origen flamenco!

Varg. Creo que me esperabais, señor, para.... He encontrado en la antesala un correo de España, al cerrajero Gerónimo....

Duque. (*Hace una señal á Vargas para que se siente á la mesa de la derecha, y enfrente se sienta él.*) Echad una ojeada sobre esos papeles, y decidme sú contenido.

Varg. (*Toma un papel.*) «La nobleza y pueblo de Bruselas solicitan el perdon de Egmont.» El pueblo aﬂigido murmura.

Duque. Una cabeza ensangrentada puesta en la plaza pública, y el pueblo callará !... Señor Presidente del Tribunal de los Doce, en la sentencia de muerte del Conde no faltaba mas que vuestra firma.

Varg. (*Tomando otro papel.*) «Escriben de Mons que el Duque de Medinaceli acaba de pasar por este pueblo, con direccion á Bruselas.» Vendrá á reemplazaros.

Duque. Medinaceli, el mas estúpido de los cortesanos.

Varg. (*Ap*) (*Tomando otro papel y ap.*) Que veo !... El sello real, la letra de S. M. Este es sin duda el pliego que habrá leido Gerónimo.

Duque. Continuad, don Juan.

Varg. Señor, un pliego con las armas de España !

Duque. Y bien ?...

Varg. A V. E. solo le corresponde el honor de romper este sello.

Duque. No sois mi secretario?...

Varg. Pero sin duda es un secreto de estado.

Duque. Abrid ese pliego, señor Conde.

Varg. No puedo obedeceros.

Duque. (*En tono amenazador.*) Os negais á ello?... Que sospecha os infunde ese papel?

Varg. (*Mirando al fondo.*) Señor, no estamos solos!...

ESCENA V.

DON LUIS, VARGAS, *el* DUQUE.

Luis. (*Entra muy agitado.*) El Duque de Alba!... Por fin consigo veros señor.... Tengo que hablaros sin testigos.... ó en presencia del Conde de Vargas.... poco me importa. Podreis y querreis contestarme?...

Duque. (*Levantándose.*) De qué procede esa turbacion, hijo mio?

Luis. Vuestro hijo!... Ah señor!... que nombre tan dulce acabais de pronunciar.... Hace algun tiempo que no habia resonado en mi oido una palabra tan grata, y nunca con mas motivo que en este dia, en que me propongo saber si tengo derecho para que me llameis así.

Duque. (*Dirigiéndose á don Luis.*) Qué quereis decir, don Luis?...

Luis. Dispensadme la amargura de mis palabras.... Desde ayer se ha apoderado de mi corazon una duda horrible: decidme, será posible que yo, á quien creeis vuestro hijo, á quien todos conocen por don Luis de las Navas, fuese un huérfano sin patria, sin familia, sin nombre? (*Vargas que permanece sentado presta en este momento suma atencion al diálogo del Duque y de don Luis.*)

Duque. (*Adelantándose con don Luis.*) Luis, quién ha emponzoñado tu corazon con tan horrible sospecha? Dime, quien ha sido, para que al momento quede confundido.

Luis. Decidme, no es cierto que durante los primeros años de vuestro matrimonio los hijos de la Duquesa na-

cian muertos, y que el fallo de los médicos habia condenado á igual suerte á todas las criaturas que llevase en su seno, por cuya causa solicitasteis de la corte de Roma vuestro divorcio?...

Duque. Marques de las Navas, sabeis que es un interrogatorio muy estraño el que me dirigís en este momento!...

Luis. En fin, Duque de Alba, presenciasteis vos mi nacimiento?...

Duque. No sabeis que en aquellos momentos estaba yo peleando no lejos de vuestra cuna?... No os han dicho que nacisteis en mi campamento el dia de mi primera victoria?...

Luis. Sé que vuestra esposa os siguió á Flandes hace veinte y cinco años. Pero vos no os hallabais á su lado cuando nació vuestro hijo, y solo al dia siguiente cuando volvisteis del saqueo de Gante fue cuando la Duquesa os presentó aquel vástago que la salvaba del divorcio. (*Vargas, cuya atencion y turbacion se ha ido aumentando progresivamente, se levanta y se precipita hácia el proscenio.*)

Duque. (*Observando á Vargas.*) Conde de Vargas, mucho interes os inspira esta historia.

Luis. Ahora bien, el mismo dia en que se dice que yo nací, el mismo en que fue saqueada Gante, el hijo de uno de los habitantes de aquellos alrededores desapareció de su cuna.

Duque. Vargas, en vuestra familia ha sucedido una aventura de esta especie.... Continuad, don Luis....

Varg. (*Haciendo los mayores esfuerzos para contenerse se aparta un poco.*)

Luis. Y aquel niño arrebatado de su cuna....

Duque. Qué?

Luis. Un estrangero me ha dicho esta noche pasada: «Ese niño eres tu.»

Duque. Y el nombre de su padre, cual es?...

Luis. Ah! señor, su nombre es un secreto que el estrangero me ha confiado, y que he jurado guardar hasta que llegue el momento de hacerme digno de llevarlo.

Duque. Conde de Vargas, como os llamabais antes que os ennobleciese la munificencia Real?

Varg. (*Con viveza.*) Albernot-Van-Stad, ciudadano de Brujes.

Duque. (*Á don Luis.*) Decidme, donde encontrasteis al hombre que os ha revelado este secreto?...

Luis. En los jardines de la Baronesa de Berghes, á las doce de la noche.

Duque. No acababa de llegar de España?...

Luis. Así me lo dijo.

Duque. Lowen sin duda, el mismo que Vargas ha muerto hace algunas horas.

Luis. Vos le habeis muerto!

Varg. (*Aproximándose.*) Pero en un duelo....

Duque. Y oisteis de sus moribundos labios la revelacion de este arcano?...

Varg. No señor.

Duque. (*Ap.*) Yo lo adivinaré.

Luis. Lowen ha muerto!

Duque. (*En voz baja á don Luis.*) Hay en todo esto un misterio que ya empiezo á penetrar; luego hablaremos, don Luis!...

Luis. Que sea cuanto antes, señor, os lo suplico, pues de ello pende mi tranquilidad.

Duque. Señor de Vargas, dejadnos por un momento... (*Vargas dá algunos pasos hácia el fondo.*) Hoy me servirá mi hijo de secretario.

Varg. (*Ap.*) (*Volviéndose al Duque.*) Y el pliego de Gerónimo?...

Duque. Marques de las Navas, sentaos ahí, y tomad esos papeles. (*Don Luis se sienta á la mesa de la derecha, el Duque permanece en pie.*)

Varg. (*Acercándose.*) Es cierto, señor, que hay á veces peligro?...

Duque. En no obedecerme, lo habeis oido?...

Luis. (*Examinando el sello.*) Un pliego de España con lás armas reales.

Duque. Romped el sello, y veamos lo que contiene.

Varg. (*Precipitándose.*) No le abrais, tal vez está envenenado.

Luis. (*Levantándose y dirigiéndose al Duque.*) Señor lo creeis vos?...

Varg. Dadmelo, yo lo veré...

Luis. (*Abriéndole.*) A mi me corresponde ese honor.

Varg. (*Arrebatándoselo de las manos.*) Y á mí el peligro.

Luis. Deteneos, infeliz!

Duque. (*Á don Luis.*) Déjale.

Varg. (*Coge la carta, la aspira, y luego la arroja sobre la mesa de la izquierda.*)

Luis. (*Ap. mirándole.*) No la ha leido!

Duque. No muere! (*Aproximándose á Vargas, y en voz baja.*) Mucho debeis amarle cuando arrostrais la muerte por él.

Varg. Señor, como á un hijo!...

Duque. Y osais decirlo en mi presencia?...

Varg. (*Dirigiéndose á don Luis.*) Sí, soy su padre.

Luis. Mi Padre!...

Duque. Las pruebas, las pruebas al momento de lo que acabais de proferir!...

Varg. Y Lowen ya no existe!...

Duque. Sí, Lowen, hechura vuestra, á quien sin duda enviasteis á mi hijo para que le contase esa fábula y esa intriga; y luego para tener oculta vuestra superchería, os habeis desembarazado de su persona.

Luis. Será posible?...

Varg. Ah! para probarle que soy su padre necesita don Luis mas testigos que él mismo! Presente se hallaba pocos momentos hace, cuando recelando hallar la muerte en ese pliego, ninguno de los dos nos atrevíamos á abrirlo: Y bien, quién de los dos queria que arrostrase él ese peligro? Quién temblaba por su hijo? Quién se ha interpuesto entre él y la muerte?...

Duque. Don Juan, ora seais vos el autor de esa impostura, ora lo creais de buena fé, y trateis de acreditarla, no conseguireis vuestro objeto.

Varg. Hacedme ver mi error, señor, y que mi corazon me ha engañado; porque amo á don Luis, creedme.... Hace veinte y cinco años que lloraba su muerte, y lo que menos me figuraba era el volverlo á ver. El Cielo se ha compadecido de mis lágrimas!.. Ya lo veis, este es sin duda un decreto de la Providencia!... Ah!... devolvedme, devolvedme mi hijo!...

Luis. Este acento de verdad en el asesino de Lowen!... Qué misterio! Dios mio! Dios mio!... (*El Duque que empieza á turbarse llama aparte á Vargas, y le dice en voz baja.*)

Duque. Y aun dado caso que esta historia no fuese falsa como lo es, pensais que habia de abandonar al heredero de mi gloria y de mi nombre? Al menos es mi hijo adoptivo...

Varg. Lo es mio legítimo...

Duque. (*Sin reparar que está presente don Luis alza la voz.*) Me pertenece por el cariño que le profeso.

Varg. Y á mi por la sangre que circula por sus venas.

Luis. (*Que se ha adelantado al proscenio se detiene un momento.*) Basta ya señores. Cesen tan terribles debates, yo os lo suplico. Supuesto que no ecsiste Lowen, el único juez de esta cuestion debe ser la duquesa de Alba á quien en este momento voy á escribir.

Duque. ¿Y que don Luis aun vacilas entre un miserable plebeyo ennoblecido de ayer, y el Duque de Alba?

Varg. (*En voz baja á don Luis.*) Si, el Duque de Alba, esclavo de un déspota y verdugo de la Flandes.

Luis. Oh!.. callad, en nombre de mi patria, y de mi madre, os lo suplico.

Duque. Recuerda todas sus iniquidades.

Varg. No olvides sus horrendos crímenes.

Luis. Callad, por piedad...

Duque. Es el asesino de Lowen, y el azote mas terrible de sus conciudadanos.

Varg. (*En voz baja.*) Es el vil rival del conde de Egmont, el judas de la hospitalidad...

Duque. El fué el que preparó el veneno para la esposa de Felipe segundo.

Varg. Y él el que incendió la hoguera para el Príncipe don Cárlos.

Luis. Apartaos: dejadme entrambos, ó me obligareis á bendecir el misterio que rodea mi cuna, y á maldecir el dia que me vió nacer... Ya no ecsiste!.. ya está en un mundo mejor aquel cuyo nombre desearia llevar con orgullo, pero vosotros, vosotros me cubris de vergüenza y me haceis estremecer!.. Ah! dejadme por piedad, dejadme!.. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

El Duque, Vargas.

El Duque y Vargas permanecen un momento como aterrados, al fin el Duque rompe el silencio.

Duque. No os ha parecido extraordinaria mi paciencia y sufrimiento al escucharos? pero voy á desquitarme... Conde de Vargas, vuestro real protector me ha obligado á teneros por secretario, pero no os ha esceptuado de la horca, ni de la hoguera, y yo soy aqui el juez supremo... (*Se dirige á la puerta del fondo.*)

Varg. Desgraciado!.. que he hecho?.. me he olvidado por la primera vez que me hallaba delante del Duque.

Duque. Hola!.. Guardias!..

Varg. He aqui veinte años de sacrificios perdidos en un momento, perdidos para siempre. (*Cae sentado cerca de la mesa de la izquierda, y apoyando los codos en ella esconde la cara entre sus manos.*)

Duque. (*A los guardias.*) Llegad!

Varg. Maldito pliego que me ha vendido!

Duque. (*A los guardias.*) Apoderaos de ese hombre.

Varg. (*Ve la carta que está en la mesa y la coge.*) Que veo? Si en este mismo pliego causa de mi perdicion encontraré un medio de salvarme? (*al Duque.*) Antes de entregarme en podor de vuestros soldados, dignaos señor, echar una ojeada sobre la posdata de la carta del Rey.

Duque. (*Hace una seña á los guardias para que se alejen, toma la carta y lee.*) «No, Fernando, nunca permitiré que Vargas se separe de vos...

Varg. Segun eso, V. E. queria alejarme de su lado.

Duque. (*Leyendo.*) «Yo le he colocado cerca de otra persona, cual otro yo. No olvideis que me pertenece en cuerpo y en alma, y que si yo soy responsable de esta al cielo, vos lo sois de aquel al Rey. Os quiero, Fernando, como á mi hijo, como á mi propia sangre pero no ignorais, que cuando la siento dañada no reparo en hacermela sacar. El cielo os guarde—

Varg. Firmado—Yo el Rey...

Duque. (*Retorciendo la carta con despecho entre sus manos.*) Odiosa política!.. Cuando me veré libre de ella?.. Y he de permitir se me espíe por todas partes, hasta en mi mismo palacio? Hay aqui mas Rey que yo?.. guardias, ya me habeis oido. (*Se adelantan los guardias.*)

Varg. Señor, antes de oponeros al mandato espreso de Felipe segundo acordaos de la suerte que cupo á su hijo don Cárlos.

Duque. Conde de Vargas, esa amenaza mas bien parece una súplica. Hincad la rodilla ante mi ó morireis; escoged entre la muerte ó la deshonra.

Varg. V. E. es demasiado generoso, la muerte... la muerte!.. Guardias! ya os sigo...

Duque. Marchad...

Varg. (*Ap. deteniendose.*) Pero que voy á hacer?.. Cual si pudiera yo disponer de mi vida, voy á sacrificarla á mi necio orgullo!.. mi mision no está aun terminada. (*Se acerca á la mesa de la izquierda y se arrodilla.*) O patria mia! te sacrifico mas que la vida. (*Volviendose al Duque.*) Que es lo que exigis de vuestro secretario?

Duque. (*Entregándole un papel.*) Escribid... «No tuve jamas hijo alguno... (*Vargas se turba, deja caer la pluma, la coge el Duque del suelo, y vuelve á entregarsela.*)

Varg. Que mas señor?

Duque. «Y cuanto en contrario haya dicho es falso.»

ESCENA VII.

VARGAS, *el* DUQUE, DON LUIS.

Don Luis que entra por el fondo.

Luis. Señor....

Varg. (*Hace un movimiento para levantarse.*) Dios mio!

Duque. Estais bien asi, señor Conde, de rodillas.

Luis. (*Entrando.*) Vargas á los pies del Duque! Y ese hombre se ha atrevido á sostener que es...

Varg. (*Ap.*) Oh patria!.. patria!.. (*Se levanta y se sienta al lado de la mesa.*)

Luis. Vengo señor Duque á anunciaros que acaba de llegar un correo de España con un pliego cerrado con sello negro, y las armas de la casa de Toledo.

Duque. Si habrá muerto la Duquesa?

Luis. (*Le entrega un pliego enrollado.*) Ah!.. si, pocos momentos antes de espirar os ha escrito esta carta firmada por su trémula y moribunda mano.

Duque. (*Ap. despues de haber recorrido el pliego con la vista.*) Si, todo lo confiesa, es una horrorosa revelacion; pero tambien es la última. (*Guarda la carta en el pecho.*)

Luis. Señor Duque, me permitis leer esa carta?

Duque. No, no... os quiero evitar el sentimiento que os causaria su última despedida.

Luis. El rehusarlo, es probarme...

Duque. Vargas, volved á leer lo que acabais de escribir...

Varg. (*Leyendo.*) «No tuve jamas hijo alguno, y cuanto en contrario haya dicho es falso.»

Luis. Falso!..

Duque. Firmad.

Varg. (*Entregandole el escrito firmado.*) Ya está!.. *El Duque enseña la firma á don Luis, Vargas cae desmayado. — El telon cae.*

ACTO CUARTO.

Sala en casa de la Baronesa de Berghes. A derecha é izquierda una puerta pequeña: otra grande en el fondo: á cada lado entre esta y la lateral una ventana. La de la izquierda se halla abierta. En el proscenio una mesa pequeña á la derecha; á la izquierda un sillon y un taburete.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, ISOLINA.

Luis. Permitidme que me aleje, señorita. Estos últimos dias, mi corazon henchido de felicidad, no hubiera vacilado un momento en unir al vuestro su destino. Pero en la actualidad, la senda por que camino está sembrada de espinas. Dejad que solo yo las pise, y perdonadme que no haya resistido al deseo de daros mi postrer adios.

Isoli. Pero no me direis?.. No os comprendo don Luis. Adonde os marchais? — Esta mañana he oido decir que el Duque de Medinaceli remplazaba á Fernando de Toledo, que debe volver á España. Os marchais por ventura con él? — Respondedme.

Luis. Deseais saberlo?.. Sabeis para quien se está levantando en esta plaza ese patíbulo?..

Isoli. Si, lo sé; para el mas ilustre de los flamencos.

Luis. Sabeis tambien quien es el asesino del conde de Egmont?

Isoli. Lo sé.

Luis. Y bien, si tuvieseis por protector, por amigo, por padre al Duque de Alba, al rival del Conde de Vargas, al verdugo de Egmont, que harias en ese caso.

Isoli. Rechazaria esos dictados y le maldeciria.

Luis. Pues eso es lo que acabo de hacer en este momento, Isolina.

Isoli. Vos!..

Luis. Yo, pobre huérfano transportado por la suerte á la cuna de un príncipe, pasé mis primeros años al lado del Duque de Alba, y aunque rebelde á sus lecciones, y acordandome sin cesar de la Flandes, donde nací, le respetaba empero como á un protector, como á un amigo, como á un padre. Si el ilustre blason de su casa tenia alguna mancha de sangre, yo no la habia visto derramar, mis manos no se habian teñido en ella; pero yo he sido quien ha arrestado á Egmont, y la sentencia que le condena á muerte es un asesinato. A la vista de ese patíbulo, he sentido renacer en mi pecho el amor á mi patria, y he maldecido y renegado de mi padre, del cómplice del Conde de Vargas, del verdugo del conde de Egmont.

Isoli. Oh! tanto mejor, ahora os aprecio y os amo mas.

Luis. Pero no tengo ni patria ni nombre.

Isoli. Cúalquiera que sea vuèstra suerte, encontrareis siempre en mi una amiga, una hermana.

Luis. Vos, mi hermana!.. perdonadme, Isolina; pero este nombre me estremece á pesar mio, y cual si fuera una blasfemia me cuesta trabajo el pronunciarlo. No sabré deciros la causa. Será quizas que la desgracia me ha hecho débil y supersticioso, y que al recordar los vinculos de familia que acabo de romper, el nombre de hermana me sumerge de nuevo en las tinieblas que rodearon mi cuna y me recuerda la sangrienta historia de mi adopcion.

Isoli. Don Luis, una idea me ha ocurrido. Al otro lado de esa plaza donde nos iguala á todos el hacha del verdugo, mirad; no veis alli la aguja de una torre?

Luis. Es el convento y hospicio de santa Clara, donde por primera vez os ví en el sermon del padre Vazquez.

Isoli. De algunos dias á esta parte, vínculos nuevos y desconocidos para mi me ligan á este mundo; pero si el cielo los rompiese, creedme don Luis, ese convento me servirá de asilo... Quizas entonces no me negareis el dulce nombre que espero de vos.

Luis. Hermana mia!.. Si; yà lo sois... no es la Flandes nuestra madre comun?.. Vuestra mano, Isolina... Pero temblais, inocente niña; temeriais ya los peligros que

pueden amenazar á nuestras dos almas reunidas en la senda del infortunio?

Isoli. (*Retirando la mano.*) Gracias hermano mio. (*Alejándose.*) — Basta caballero... Este nombre tambien á mi me estremece!.. Dia horroroso el de hoy!.. Pero que ruido es ese que hay en la plaza? Han decapitado ya á Egmont?

Luis. (*Al balcon.*) No, es un hombre que el pueblo persigue apedreandole y llenandole de improperios.

Isoli. Quien quiera que sea es preciso salvarle.

Luis. Hácia aqui se dirige.

Isoli. Id al momento, socorredle... por esta puerta llegareis mas pronto á la plaza; yo haré que los criados de la Baronesa salgan á ayudaros.

Luis. (*En la puerta del fondo.*) Al momento vuelvo.

ESCENA II.

VARGAS, *solo.*

Entra por la puerta de la izquierda y la cierra precipitadamente.

Si me cogen, me asesinan indudablemente!.. Morir á manos de mis compatriotas, aborrecido y despreciado de ellos!.. Ah!.. Desgraciado Egmont, no me es posible salvarle, y me creen su verdugo!.. Su indignacion es ciega, pero poderosa, y producirá estragos de muerte, en los cuales no seré yo el único que caiga.

ESCENA III.

VARGAS, GERONIMO.

(*Llaman á la puerta de la derecha.*)

Varg. Quien llama?..

Geron. (*Dentro.*) Soy yo... señor Conde, he visto que huiais del pueblo, y me he dirigido hácia aqui... venid pronto, el Duque pregunta por vos, y os espera para que firmeis la sentencia del conde de Egmont.

Varg. El pueblo rodea aun este palacio, y no me es po-

sible salir hasta tanto que se disipen los grupos. Ve á decir al gobernador que al momento voy.

Geron. Acaba de llegar el sucesor del Duque.

Varg. (*Con viveza.*) El sucesor de Fernando de Toledo?

Geron. En el gobierno de la Flandes.

Varg. El Duque depuesto, Medinaceli Gobernador, los patriotas sobre las armas! Sabes que veo triunfar la insurreccion flamenca?

Geron. Sobre todo, si llegase á tener á Egmont por gefe, pero morirá con él.

Varg. Egmont no es mas que un hombre.

Geron. Él cuenta, segun se dice, con el perdon del Rey.

Varg. Morirá sin embargo.

Geron. Voy á decir al Duque de Alba, que no tardareis. (*Vase.*)

ESCENA IV.

VARGAS *solo.*

Si, pronto iré, pero antes tengo que cumplir con un deber... Ah!.. si me ha sido forzoso despues de veinte y cinco años de penas y de lágrimas renunciar á mi hijo, si delante del Duque de Alba he tenido suficiente valor para ahogar en mi seno todo otro afecto que no fuese el de mi patria, aqui á lo menos soy padre, y es deber mio evitar una desgracia. Isolina... quiero, y debo hacertelo saber... mi vida está en peligro, puedo perderla de un momento á otro; que al menos no deje por herencia á mi hija el crímen y el incesto.

ESCENA V.

VARGAS, ISOLINA.

Isoli. (*Por la puerta de la derecha.*) Padre...

Varg. Buenos dias, hija mia, deseaba verte porque tengo que hablarte. (*Se sienta.*) Ven, sientate aqui. (*Le señala un taburete que pone á su lado.*)

Isoli. (*Sentandose en el taburete y apoyándose en las rodillas de Vargas.*) Padre mio!

Varg. Pobre Isolina! Ayer estuve tal vez demasiado im-

prudente contigo. Ese jóven de quien me hablaste, de quien te hablé yo mismo... vamos, abreme tu corazon como á tu mejor amigo.

Isoli. (*Ocultando el rostro entre las rodillas de Vargas.*) Por Dios padre mio! Debo deciros que amo á don Luis? Sé yo misma si le amo?.. el es casi un estraño para mi.

Varg. Discúlpame, hija mia, yo temia porque siendo ese jóven de una clase mas elevada...

Isoli. (*Con orgullo.*) No soy yo la heredera de la Baronesa de Berghes?

Varg. Si, pero don Luis es hijo...

Isoli. Sea quien fuere. Segun mi tia, no hay duque ni príncipe de quien su sobrina no sea digna.

Varg. Mucho orgullo es ese.

Isoli. Segun mi corazon, no necesita don Luis de títulos, ni su esposa de blasones.

Varg. Eso es tenerle amor.

Isoli. Amor!

Varg. Y me engañabas!

Isoli. Me engañaba á mi misma.

Varg. Tú amas á ese jóven, Isolina.

Isoli. (*Levantándose.*) Os aseguro que no lo se.. al menos no lo sabia. Amor! Cuando le vi por primera vez, me pareció que le habia visto ya, en mi imaginacion al menos. Cuando me habló, su voz me era conocida y sus pensamientos tambien. Quise huir y no pude; queria imponerle silencio, y le escuchaba á mi pesar: queria interrumpirle y continuaba escuchandole.

Varg. De modo que á ti tambien víctima inocente, he estado á punto de sacrificarte al Dios á quien adoro.

Isoli. Como?

Varg. Entregado á la realizacion del solo pensamiento que me ocupa y que tu no puedes comprender, me habia olvidado de que era padre, como me olvidé en otro tiempo que era esposo.

Isoli. Vos, el mas virtuoso, el mejor de los hombres.

Varg. Calla, hija mia. No conociste á pesar de tu corta edad que tu madre no era feliz, y que al preferir á ella una idea que es el ensueño de mi vida, yo habia causado su desgracia?

Isoli. No acuseis su memoria!... Ella no me lo dijo jamas; pero me lo digeron sus lágrimas.

Varg. Si yo las hubiera visto correr!.. Pero donde derramarás tu las tuyas á no ser en mi seno?

Isoli. Dejemos eso. Que queriais decirme de don Luis?

Varg. Hija mia, tendrás indulgencia con tu padre, no es cierto?

Isoli. Decid respeto y adoracion.

Varg. Isolina, te he hablado algunas veces de un secreto y una desgracia que acibaraban ya mi existencia antes de casarme con tu madre.

Isoli. Es verdad.

Varg. Te he hablado de mi primera esposa y de un hijo que me arrebataron estando aun en la cuna.

Isoli. Que vais á decirme?

Varg. Esta noche he sabido...

Isoli. No acabeis!

Varg. Que ese niño vivia.

Isoli. Ah! callad!

Varg. Y que don Luis es...

Isoli. Callad por piedad!

Varg. (*Levantándose.*) Es tu hermano.

Isoli. Pero eso no es cierto, padre mio?

Varg. Isolina, perdoname, te he dicho la verdad.

Isoli. (*Reclinando su cabeza sobre el pecho de Vargas.*) Dios mio!

Varg. La maldicion del cielo cayó sin duda sobre la cabeza de nuestros padres, hija mia, porque somos muy desgraciados.

Isoli. No hableis asi padre mio. No os ha bendecido Dios alguna vez?

Varg. Si; no tengo razon en quejarme puesto que me ha dado una hija como tu.

ESCENA VI.

Los mismos, DON LUIS.

En el momento en que entra don Luis, Vargas que tenia á su hija entre sus brazos se aleja precipitadamente.

Luis. (*Entrando por el fondo.*) Isolina, la muchedumbre se ha disipado: el desgraciado á quien perseguian ha desaparecido... Pero que veo: aqui este hombre?

Isoli. Este hombre : pues que le conoceis ?

Luis. Que si le conozco! Que ha venido á hacer a qui

Isoli. A decirme que es vuestro padre.

Luis. Se ha atrevido á declararlo !

Isoli. Y vos ?..

Luis. No me obligueis á responder , Isolina.

Isoli. Es que yo soy su hija.

Luis. Vos la hija de... Conoceis á ese hombre? Sabeis su nombre ?

Isoli. Albernot-Van-Stad.

Luis. Conde de Vargas.

Isoli. Vargas! Don Juan de Vargas!

Luis. El mismo.

Isoli. (*A su padre.*) Decidme que ese nombre infame no es el vuestro.

Varg. (*Permanece como aterrado durante el diálogo precedente : se apoya sobre el respaldo de una silla ocultando la cabeza entre sus manos.*) Hija mia ! hija mia !..

Luis. Es el presidente del tribunal de sangre que ha condenado á Egmont.

Isoli. Por eso me ocultaba su título.

Luis. El secretario, el espía del Duque, que ejerce su odioso y despreciable oficio á costa de los patriotas flamencos.

Isoli. Y yo soy su hija !

Luis. Quereis todavia que os llame mi hermana ?

Isoli. (*Fuera de sí.*) No : no ; sois mi amante , el que me ha destinado mi padre para esposo. Por que callar ? No es él quien me ha inducido á amaros? No es él quien acaba de hacerme conocer que es amor el afecto que sentia por vos en mi pecho ?

Varg. (*Sentado y en la mayor conmocion.*) Isolina!

Isoli. Padre mio!.. señor de Vargas ! Ah ! si ; empiezo á conoceros. Sabeis que desde ayer abrigaba en mi pecho estrañas sospechas que no podia desechar? El misterio con que os cubrís ; el papel que me haceis representar en vuestras intrigas , hasta el oro que me prodigais... todo me ha hecho creer...

Varg. Tu tambien... ha sido bastante una palabra para destruir ese respeto y esa confianza que tenias en mi ?

Isoli. Pues desmentidle , desmentid á don Luis.

Varg. A todo estaba preparado; pero al desprecio de mi hija, á su ingratitud, jamas.

Isoli. Ah! llorais! pues qué he dicho? qué he hecho? (*Se arrodilla sobre el taburete.*) Perdonadme, padre mio: no creais que he podido sospechar de vos un instante. (*Se arroja en sus brazos.*) Os respeto y os amo como siempre. Yo despreciaros! abandonaros! Cuando á nadie teneis en el mundo sino á mi! jamás! jamás! (*A don Luis.*) Retiraos caballero, no turbeis en adelante la union del padre y de la hija.

Luis. Pero no es mi padre, tengo ese consuelo; mi padre, aquel cuyo nombre he sabido esta noche, sabeis quien era? Sabeis lo que hizo?

Isoli. (*Queriendo llevarse á Vargas.*) Venid, venid padre mio, yo sola os amaré y os bendeciré.

Varg. (*Deteniendo á su hija.*) Detente, no nos vayamos.

Luis. Ultimo vástago de una raza de héroes que han consumido todo su oro y toda su sangre en el servicio de su Dios y de su patria, no desmintió mi padre ni su gloria ni su lealtad. En lugar de favorecer vil y vergonzosamente la causa de los estrangeros.

Isoli. (*A Vargas queriendo llevárselo.*) No le escucheis: venid, padre mio.

Varg. Sí, escuchémosle.

Luis. En lugar de hacerse el instrumento de la tiranía, fue su contrario y su víctima.

Isoli. (*A Vargas.*) Pero que interes teneis en escuchar sus insultos?

Varg. Silencio te digo.

Luis. Sucumbió hace veinte y cinco años peleando contra la tiranía española en una guerra prematura; pero á Dios gracias no está lejos el dia de la venganza y yo me siento con la fuerza suficiente para vengar su memoria.

Varg. (*Que se ha separado de Isolina y se ha aprocsimado á don Luis.*) La memoria de quien? No has dicho aun su nombre.

Luis. Retiraos caballero: no quiero, no debo pronunciarlo en vuestra presencia.

Varg. Su nombre es..... Roberto de Artewelde.

Luis. Desgraciado! no profaneis el nombre de mi padre con los labios de un traidor.

Varg. (*Fuera de si.*) don Luis! Isolina! hijos mios, por piedad!... Yo os doy gracias, Dios mio..... Escuchadme.

Luis. Ahora Isolina, adios.

Varg. Hija mia, detenlo, que no se vaya. Necesito hablaros.

Isoli. (*A don Luis que se retiraba ya.*) Don Luis!

Luis (*Deteniéndose.*) Daos prisa caballero, porque el Duque se dirige hácia esta casa, guiado por Gerónimo.

Varg. Recobrar el cariño de mis hijos, hacerles conocer la estension de mi amor y de mis sacrificios es una felicidad por la que daria la vida, si mi vida me perteneciese.

Luis. Que me quereis caballero.

Varg. Pero he merecido yo esa felicidad? No está aun consumado el sacrificio y pienso ya en la recompensa!

Isoli. Hablad: ya os escuchamos.

Varg. Y podriais entenderme? Comprenderíais lo glorioso de mi ignominia, lo sublime de mi deshonra? Vuestra vida empieza ahora: la inocencia es vuestra sola virtud, y el amor vuestra única falta: no habeis derramado aun mas que lágrimas, y por la senda que yo camino hay ódio, crímenes y sangre.

Luis. Que misterio es este?

Varg. Crees tú ser el único que maldice á los estrangeros? A la vista del débil á quien se oprime, del pobre á quien se insulta, si tu corazon palpita bajo tu vestido, el mio se me quiere salir del pecho, y si tu espada se conmueve en la vaina, la mia se agita en mi mano. Yo he mordido como tú la cadena que nos oprime y como tú pronuncio murmurando los dulces nombres de patria é independencia.

Luis. Vos!

Varg. Sí, yo... No pudiendo defender la Flandes contra sus enemigos á pecho descubierto y con la espada en la mano, he buscado otras armas, la intriga y la traicion.

Luis. (*Retrocediendo indignado.*) La traicion!

Varg. (*Con amargura.*) Ah! tú no me comprendes... en tus ensueños juveniles no ves mas que un solo valor, el de la muerte, un solo camino, el del honor.

Isoli. Yo padre mio sé bien que habeis tenido siempre piedad de vuestros hermanos.

Varg. Si, hijos mios: como vosotros he abierto mi co-

razon á todas las lágrimas que se derraman en silencio en la Flandes; pero he cargado sobre mis hombros el enorme peso de los padecimientos de mi patria y me he sacrificado por ella apareciendo entregado al crímen y á la infamia.

Isoli. (*Retrocediendo horrorizada.*) A la infamia!

Varg. Tú tampoco puedes comprenderme. Victima resignada, alma sin mancilla, no conoces la lealtad sino acompañada de la virtud, ni concibes el martirio mas que en la inocencia

Luis. Señor!

Isoli. Padre mio!

Varg. Dejadme, dejadme solo. Hace mas de veinte años que camino aislado por esta senda seguro de mi mismo, en paz con mi conciencia; os he encontrado y he empezado á vacilar en mi resolucion y los remordimientos se han apoderado de mi alma. No me detengais mas aqui entre la honradez del hombre y la pureza del angel, cara á cara con vuestra virtud y vuestra inocencia. Dejadme huir: en vuestra presencia no esperimento mas que remordimientos: al lado del duque de Alba no me faltará resolucion. (*Va á salir por la puerta del fondo y retrocede diciendo.*) El es!

ESCENA VII.

LOS MISMOS, EL DUQUE DE ALBA.

Un escribano, Gerónimo y acompañamiento.

Duque. (*Precedido de Gerónimo.*) Pardiez, conde de Vargas, que os dejais buscar bien, despues de haceros esperar. Por fortuna me dijo Gerónimo que estábais en casa de la Baronesa de Berghes, cuyas ventanas dan á la plaza donde tendrá lugar la ejecucion; la víctima y el verdugo están prontos, solo falta vuestra firma.

Varg. Pero.....

Duque. No os detengais señor presidente. Mi sucesor acaba de llegar: hagamos ver á ese cortesano como se sofocan las revoluciones en su origen.

Varg. Una pluma. Isolina.

Isoli. Piedad! padre mio, piedad por vos mismo.

Luis. Piedad, Señor, piedad por Egmont. (*Oyese un redoble de tambores á lo léjos.*)

Duque. Marques de las Navas, vuestra compañía os espera al pie del cadalso.

Luis (*Saca su espada y la tira contra el suelo.*) Yo no soy ya soldado de Felipe segundo.

Duque. Se os ha pedido úna pluma, señorita.

Isoli. No soy criada del verdugo. (*Gerónimo toma una pluma de la mesa que está á la derecha y se la presenta á Vargas.*)

Varg. Devolviendo al Duque la sentencia firmada.) Suyo el crímen! mia la vergüenza, de Dios la venganza!

Duque. (*Entregando la sentencia al escribano.*) No hay que perder un momento. Conde de Vargas acompañadme á ese balcon y no os separeis de mi lado. Es obligacion del juez asistir al suplicio del reo.

Isoli. (*Despues de considerar con atencion los movimientos de su padre y de haberle suplicado con sus miradas.*) Hermano mio! Al convento de santa Clara. *Cae el telon.*

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Sala en el palacio del Gobernador: á la izquierda un balcon abierto con cortina: en el mismo lado en primer término una puerta pequeña secreta: en el fondo una puerta grande de dos hojas. A la derecha otra puerta que dá á la alcoba del Duque: en el mismo lado en primer término otra puerta. Una mesa tambien á la derecha, sillas, taburetes &c. Es de noche, y hay una luz sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

JORGE *y* GERÓNIMO.

(*Salen de la alcoba del Duque con un cofre que llevan entre los dos. Al llegar en medio de la escena lo dejan en el suelo como para descansar.*)

Jorge. Uf.

Geron. Valor, que ya hemos concluido.

Jorge. (*Sentándose sobre el cofre.*) Motivo mas poderoso para descansar.

Geron. Perezoso.

Jorge. Ademas, debemos prolongar nuestra despedida, porque despues cada uno tirará por su lado: tú te vas á España con el Duque de Alba, y yo me quedo aqui.

Geron. Apenas hace dos dias que somos compañeros de servidumbre y de mesa.

Jorge. Y ya vamos á beber juntos por la última vez.

Geron. Y quien tiene la culpa?

Jorge. El Duque de Alba que nos deja.... á su pesar.

Geron. Tú, Jorge, que no quieres seguirle.

Jorge. Á España?

Geron. Porque no?

Jorge. Es imposible. El Duque, á quien el cielo empieza ya á castigar por el asesinato del Conde de Egmont, no lo es ya de la Flandes; ahora bien, este palacio es el

del gobernador, yo soy uno de los muebles del palacio, y por tanto debo quedarme.

Geron. Y yo marcharme, porque Felipe II es el representante de Dios, el Duque de Alba, el brazo derecho de Felipe II, y yo el puñal del Duque de Alba.

Jorge. Nada mas natural: tú eres español y yo soy flamenco. Tu divisa es *Viva el Rey*: la mia *Viva la patria*, y bajo esta librea de esclavo mi corazon de flamenco, late por la independencia con mas fuerza, cada vez que uno de esos insolentes huespedes que nos embia el estrangero hace sus preparativos de viage. Ah! por San Jorge! Si el ejército de la independencia...

Geron. Tuviera una bodega como la del gobernador, llegarias á ser un héroe, no es verdad?

Jorge. Ya verias.

Geron. Entretanto, flamenco por naturaleza, borracho por temperamento, mueble de este palacio por estado, no te muevas de aqui sino para servir á tus huespedes, ni abras la boca sino para beber á su salud.

Jorge. Pues vamos á beber á la tuya. (*Vuelven á tomar el cofre y se dirigen hácia la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

Los mismos; el Duque, *despues* Vargas.

Duque. (*Entrando por la puerta del fondo.*) Gerónimo!

Geron. Mande V. E.

Duque. Tenemos que marchar en cuanto amanezca: estará todo listo?

Geron. Si señor.

Duque. Está bien. (*Jorge y Gerónimo se marchan.*) Gerónimo y Vargas, mi satélite y mi secretario, son las dos únicas personas que me acompañarán en mi fuga, y aun si pudiera, á uno de ellos.... pero paciencia: cuando voy á volver al lado de mi Rey y amo, no es la ocasion oportuna de deshacerme del centinela de vista que me ha puesto. (*Vargas entra por la puerta del fondo.*) Llamarme á España!... Y sino le obedeciera, si intentara continuar á su despecho en el mando!... Pero ya con el poder todo me ha abandonado, los soldados que defendian mi persona y los aduladores que adoraban mi autoridad.

Vos solo, Conde de Vargas, olvidando dolorosas rencillas, vos solo me habeis permanecido fiel.

Varg. Sois tan gran general!

Duque. El consuelo que me queda en mi desgracia es que no dejo nada que hacer despues de lo que he hecho en la Flandes. Acabo de cortar de un golpe la cabeza de Egmont y la causa de la rebelion. Donde estan esos clamores con que se me amenazaba? No os lo decia yo? Dios calma la tempestad con la lluvia: las revoluciones se ahogan con la sangre.

Varg. Sois tan gran político!

Duque. Os vais á volver cortesano conde de Vargas?

Varg. Para ver si consigo haceros olvidar lo que habeis perdido; el cetro de gobernador que ha pasado á manos de un intrigante, la espada de general que permanece enmohecida en la vaina, y sobre todo el porvenir de vuestro nombre, que va á estinguirse, si don Luis no es efectivamente vuestro hijo.

Duque. Basta. Es esta la última noche que paso en Flandes y quiero disfrutar de algun descanso.

Varg. Quereis segun eso que vele yo solo?

Duque. Conde de Vargas, hasta mañana.

Varg. Dormid bien, señor. (*Se vá el Duque por la puerta de la derecha*)

ESCENA III.

VARGAS *solo, con la vista fija en la puerta que el Duque acaba de cerrar.*

Dormir tu con otro sueño que con el de la muerte!... Oh! no: los dos encontraremos en Flandes nuestra tumba. No estan á punto de dar su fruto los gérmenes de insurreccion que por esta ciudad he sembrado? no habrá bastado la sangre de Egmont para fecundarlos? habré confiado demasiado quizás en el príncipe de Orange? (*Se aproxima á la ventana.*) Por mas que miro, por mas que presto el oido, nada se mueve en esta capital, nada se oye.... ni un rugido que anuncie que el Leon flamenco á despertado. Ay! todos duermen menos yo: no hay ódio en el pecho de los flamencos y mañana el mas insolente de sus amos, el mas encarniza-

do de sus enemigos, saldrá de Bruselas en medio del dia como un padre sale de su casa, y no habrá un puñal ni una piedra siquiera que se dirija á su pecho, y le salude al pasar! Ah! hijos degenerados! (*Se reclina con amargura sobre la ventana.*)

ESCENA IV.

VARGAS, JORGE, ISOLINA.

Jorge. (*Por la puerta del fondo con Isolina.*) Miradle: todavía está ahí. (*Se vá á una seña de Isolina.*)

Isoli. No me abandoneis, Dios mio!

Varg. (*Volviéndose.*) Tú aqui, Isolina?

Isoli. Si señor.

Varg. (*Adelantándose hácia ella.*) Que te ha obligado á salir á estas horas de tu asilo?

Isoli. El salvar vuestra vida.

Varg. Pues qué peligra?

Isoli. Venid y os lo diré, seguidme.

Varg. Que te siga? esplícate primero.

Isoli. Despues, venid conmigo.

Varg. Hablad aquí, aquí.

Isoli. Don Luis....

Varg. Es él quien atenta contra mi vida?

Isoli. Oh!

Varg. No le faltan motivos: mucho daño le he causado.

Isoli. Don Luis que fue quien me llevó....

Varg. Al convento de Santa Clara, bien, y despues?

Isoli. Me ha escrito ésta noche que se preparaba una asonada á las puertas de Bruselas contra el Duque de Alba y contra vos.

Varg. Será cierto!

Isoli. Y que á favor de la oscuridad vendrian á sitiar este palacio, que no defienden ya los guardias Walonas, para arrancar de él antes de partir al gobernador y á su secretario.

Varg. (*Paseándose con agitacion.*) Habrá Dios oido mis súplicas? Conque hay todavia en esta ciudad algunos habitantes decididos y leales, héroes del pueblo cuya sangre hierve en sus venas, cuyo corazon late de ódio, y cu-

yo brazo sabe egecutar lo que su alma siente! No me atrevo á esperarlo. Acaba.

Isoli. Don Luis ha visto y hablado á los sediciosos.

Varg. No le llames don Luis, llámale Felipe: ese es el nombre de sus abuelos, es el suyo... valor hijo mio!

Isoli. Os engañais, Señor: no es por medio de crímenes como quiere servir la causa nacional "Avisa á tu padre, me dice en su carta, yo salvaré al que fue mio.»

Varg. El duque de Alba su padre! Y quiere salvarlo! no jóven eso lo veremos.

Isoli. No os detengais padre mio.

Varg. Isolina, Dios te haga feliz por que te debo mas que la vida.

Isoli. Pero venid.

Varg. Vete sola.

Isoli. Y vos?

Varg. Yo me quedo.

Isoli. Pero no veis que van á llegar de un momento á otro (*Dirigiéndose hácia la ventana.*) No veis aquella mancha roja en el orizonte? Son ellos que han pegado fuego á la puerta de Amberes. El príncipe de Orange está, segun dicen, en la ciudad dispuesto á sostenerlos.

Varg. Me quedo aqui, te digo.

Isoli. Pero no veis que os amenaza una muerte horrorosa.

Varg. Lo sé.

Isoli. Una muerte llena de ignominia y de tormentos?

Varg. Pero seremos dos, no es verdad?

Isoli. El duque de Alba, y vos.

Varg. Pues bien te lo repito, me quedo.

Isoli. Pero eso es delirar.

Varg. No me comprendes? Allí está al que seguiré por todas partes, á la hoguera, á la cruz, al infierno..... El duque de Alba, está allí.

Isoli. Y no quereis huir sin él?

Varg. Quiero que muramos juntos.

Isoli. Pues bien seremos tres.

Varg. Como!

Isoli. Lo que hace el conde de Vargas por su señor puedo yo bien hacerlo por mi padre. Me quedo pues para participar de vuestra suerte.

Varg. Eso es imposible.

Isoli. Sabre morir.

Varg. (*Fuera de si.*) Tú, por mi culpa! no Isolina, no, tu lealtad me decide. Es preciso huir, vamos.

Isoli. Cuanto os lo agradezco, padre mio!

Varg. (*Yendo á salir por la puerta del fondo.*) No nos detengamos.

ESCENA V.

Los mismos, GERONIMO, *un preso.*

Gerón. (*Aun desde fuera.*) Señor Conde!

Isoli. Os buscan.

Varg. Es un criado de este palacio. (*La hace entrar por la puerta secreta de la izquierda.*) Vete sola al momento para que no descubran nuestras intenciones!..... Ah! por fin partió! Gerónimo, eres tú quien me llama?

Gerón. (*Entrando por el fondo.*) Si señor: aqui teneis á este hombre que acaban de prender junto al cadalso del conde de Egmont excitando al pueblo á sublevarse.

Varg. Ah!

Gerón. Será necesario llevarlo á la guardia del nuevo gobernador.

Varg. No, lo dejarian escaparse: déjalo aqui conmigo: yo le tendré mas seguro. Vete á dormir un rato, buen Gerónimo.

Gerón. El duque de Alba me ha encargado que vele para estar pronto cuando me necesite y pienso acabar de pasar la noche echando buenos tragos con Jorge.

Varg. Vaya, pues entonces toma para que te despidas del vino del Rhin.

Gerón. Gracias, señor Conde. (*Se va por el fondo.*)

Varg. Esto va bien: ya tenemos á este medio borracho. Veamos al preso.

ESCENA VI.

El preso vestido de aldeano flamenco y Vargas.

Varg. (*Sentado al lado de la mesa de la derecha.*) Quien sois?

Preso. Un pobre flamenco que ha tenido la desgracia....

Varg. De llorar en público al conde de Egmont.

Preso. Ah! si.

Varg. Y que ha cometido la tonteria de tomar á los opresores por confidentes de sus lágrimas.

Preso. La policía del conde de Vargas es tan pérfida!

Varg. (*Levantándose.*) Que oigo!..... Me parece reconocer... (*Va á cerrar la puerta del fondo; despues mira al preso al resplandor de la luz que está sobre la mesa.*) Ah! el egército de la independencia no debe estar lejos pues que su general está en Bruselas.

Preso, (*Impasible.*) Qué decís?

Varg. No mas fingimiento conmigo, Principe de Orange: mis avisos os han llegado y os habeis aprovechado de ellos.

Preso. Yo soy un simple aldeano de Flandes, señor. Dejadme ser lo que soy y nó coloqueis sobre mis hombros una cabeza de Príncipe para tener luego el placer de hacerla rodar.

Varg. Un poco de confianza, conde de Nassau. Es un amigo el que os habla, un amigo el que os oye. Yo soy quien os ha sustraido del suplicio de Egmont: yo quien os ha avisado de que todo estaba preparado en Bruselas y que no se aguardaba mas que vuestra presencia.

Preso. El señor presidente del tribunal de los doce es un inquisidor muy hábil.

Varg. Es posible que todo el mundo dude de mí!.... Él tambien y hasta en este momento! Bien me creísteis anoche en los jardines de la Baronesa de Berghes.

Preso. Como puedo yo olvidar que el Conde de Vargas es el gefe de una policía que todo lo vé y todo lo sabe?

Varg. Guillermo el *Taciturno*, eso es ya llevar al estremo la prudencia! Que fingiérais desconocerme delante de testigos, no lo estrañaria: yo soy de aquellas personas que disponen los sucesos pero que no se aprovechan de ellos: mio el trabajo, la recompensa vuestra; vuestra tambien la gloria, mia la vergüenza. Pero estamos solos, conde de Nassau, y bien merezco una palabra de reconocimiento de vuestra boca..... Mas permanecéis mudo. Ah! no esperaba yo esta última maldicion.

Preso. Cuenta tal vez la causa de la nacion Flamenca con probabilidades de un prócsimo triunfo y piensa el conde de Vargas escapar al peligro que le amenaza alistándose en las filas de la independencia.

Varg. Añadir el insulto al desprecio es ya demasiado. Cuando yo abracé la causa de la patria, vos y Egmont pasábais el tiempo ostentando vuestro lujo en las fiestas del estrangero. Treinta años hace que trabajo, que vivo, que estoy pronto á morir por esta noble causa. Si, Príncipe, y está cercano su triunfo por mi y sin vos, por que no quereis confesar quien sois. No creais sin embargo que sois indispensable para la insurreccion, pues que tiene un gefe digno de ella: don Luis.

Preso. El hijo del duque de Alba.

Varg. El hijo de un hombre á quien conocereis en breve.—Oigo ruido!.... Bien, don Luis llevará á cabo y hará triunfar mi obra, y vos oiréis la justificacion de mis acciones. Cuantas gracias debo dar á Dios por haberme proporcionado semejante testigo para la escena que va á pasar en esta sala. (*Escuchando en la puerta del Duque.*) Mi enemigo llega.

Preso. El duque de Alba!...

Varg. (*Abriendo la puerta secreta de la derecha.*) Entrad en este cuarto: desde él podreis oir lo que el duque de Alba y su secretario van á confesar ante vos y ante Dios.

Preso. Pero.....

Varg. No os detengais caballero: sois mi prisionero. (*Cierra la puerta.*)

ESCENA VII.

EL DUQUE, VARGAS.

Duque. (*En trage de casa, entra sin ver á Vargas, se adelanta y se apoya en el respaldo de un sillon que hay cerca de la mesa.*) No podré conciliar el sueño por una sola hora! (*Se separa del sillon y se sienta en una silla á la derecha de la mesa.*) Y dicen que Egmont estaba tan dormido pocos momentos antes de su muerte que fue necesario despertarle.

Varg. (*Acercándose.*) Es verdad.

Duque No estoy solo..... Vargas!

Varg. (*Acercándose mas.*) Que busca el sueño como vos, señor, hablando consigo mismo.

Duque. Qué, todavia teneis que andar á vueltas con vuestra conciencia?..... os creia actor mas consumado.

Varg. Es que, como vos, señor, es esta la última noche que paso.

Duque. En Flandes.

Varg. Y el último papel que represento.

Duque. Gracias á vuestro real protector que ha tenido á bien relevarnos.

Varg. Gracias á vos que habeis hecho los méritos suficientes para que asi suceda.

Duque. Yo.

Varg. (*Apoyándose en el respaldo de la silla.*) Por que, para entre nosotros, aun seríais virey de la Flandes sin las faltas que como general y como gobernador habeis cometido.

Duque. Conde de Vargas olvidais con quien estais hablando.

Varg. Con un hombre que castiga con la muerte al que como Egmont, tiene el valor suficiente para decirle la verdad.

Duque. Tened cuidado entonces!

Varg. No importa. —Me ha dado el capricho de decírosla, una vez al ménos..... esta noche por egemplo. —En primer lugar fue una falta gravísima el enviaros á Flandes..... pero esta recae solamente sobre Felipe segundo y sobre mí que se lo aconsejé.—Sucesor de Margarita de Parma habeis ecsasperado los partidos que ella dejó nacer. Habéis usurpado las riquezas de la clase média, violado los privilegios de los nobles, herido la conciencia de los católicos, irritado las pasiones de los disidentes. Establecer el tribunal de los doce y la inquisicion en este pais en que tan arraigada se hallaba la fe cristiana y la libertad en las costumbres, era fecundar con la sangre de los mártires las ideas de independencia y de insurreccion. Los flamencos son sufridos, señor; pero al pasear á vuestros soldados por sus pueblos y por sus campos para arrebatarles sus mugeres, y al levantar cadalsos para cortar sus cabezas, les habeis puesto el puñal en la mano é infundido la rabia en sus corazones: habeis construido ciudadelas, incendiado pueblos enteros, saqueado provincias, y esto ha hecho que sea la guerra legítima y nacional: habeis perseguido de muerte á los sublevados, los habeis acosado como á bestias feroces, y esto los ha reducido á la desesperacion y á la necesidad de morir ó de vencer..... Hé aquí lo que habeis hecho, señor Duque. (*Se sienta en el sillon enfrente del Duque.*)

Duque. Presidente del tribunal de sangre, confidente de Felipe segundo, quien os ha dado derecho para censurar mi conducta?

Varg. Acabo de deciros vuestras faltas como gobernador: será necesario que os recuerde vuestros crímenes como hombre?

Duque. Podeis decir cuanto quisiereis; la gloria ha acompañado constantemente mi vida.

Varg. El asesinato ha empañado vuestra gloria.

Duque. El que mire á mi frente verá en ella una corona.

Varg. El que mire á vuestras manos, las verá tintas en sangre.

Duque. Todo el mundo inclina la cerviz en mi presencia.

Varg. Como ante el verdugo... (*Se levanta.*) Si, vuestro nombre es grande entre todos los del siglo. Compañero de armas de Cárlos quinto, vencedor de Francisco primero y de Bayardo, rival del Duque de Guisa y del Príncipe de Orange, vuestra gloria es mas vasta que los estados de Felipe; en que el sol no se pone jamas. Pero vuestra crueldad es inseparable de vuestra gloria, y como el orin corroe el hierro, asi la sangre devorará vuestro nombre!

Duque. (*Levantandose.*) Conde de Vargas, antes de dejar la Flandes me queda que castigar un insolente, y vive Dios que lo haré!

Varg. (*Interponiendose al Duque que se dirige á la puerta de la derecha.*) Pero entre tanto me escuchareis hasta el fin.

Duque. Que audacia! (*Vargas rompe la punta del puñal en la cerradura y tira el resto. El Duque atónito va á sentarse en un sillon que habrá en la izquierda.*)

Varg. (*Volviendo á la escena.*) Sabeis, señor Duque, que si muriera yo esta noche, no tardaria en llegaros vuestra vez? (*Silencio del Duque.*) Estais mas acabado que yo. (*El Duque apenas puede contenerse. Vargas se acerca á la mesa, y se apoya sobre ella.*) Verdad es que sois mas viejo; cinco años mas que yo teniais cuando el saqueo de Gante.

Duque. De Gante!

Varg. Donde nos vimos cara á cara por primera vez.

Duque. Estabais allí?

Varg. Alli nos batimos uno y otro : vos por el Rey , yo por mi ciudad.

Duque. Vuestra ciudad !

Varg. Sin duda , porque soy natural de Gante , yo.

Duque. De Brujes , querreis decir.

Varg. De Gante ; sino os incomoda , señor Duque.

Duque. No sois Albernot-Van-Stad ?

Varg. Soy Roberto de Artewelde.

Duque. (*Levantándose.*) Roberto de Artewelde ?

Varg. Si , Roberto de Artewelde.

Duque. (*Acercandose á él.*) El gefe de la insurreccion flamenca que todos tienen por muerto ?

Varg. Y que ha sobrevivido á su derrota para vengarla

Duque. (*Acercándose cada vez mas.*) Que ha cambiado de nombre , y se ha introducido en los consejos y deliberaciones de los Reyes ?

Varg. Para inducirlos al mal y del mal á su ruina.

Duque. Que ha salvado al Príncipe de Orange del suplicio de Egmont ?

Varg. Para dar un gefe visible á la insurreccion , cuya alma era.

Duque. (*Llegando á la mesa al lado de Vargas.*) Que ha revelado á mis enemigos mis planes de campaña ?

Varg. Para hacer de un general invencible un soldado fugitivo y desarmado.

Duque. (*Cayendo sobre el sillon de la derecha.*) O traicion!

Varg. Me comprendes al fin? Ahora te toca á ti humillarte y temblar en mi presencia. He desahogado mi pecho del peso que le oprimia , y arrojado la máscara con que me disfrazaba. Despues de veinte y cinco años de disimulo , de humillaciones , de sacrificios , rompo al fin el silencio y los hierros que me sugetaban.

Duque. (*Levantándose.*) Te costará la vida tu indiscreto orgullo. Te olvidas de que estás proscripto ? Ola! guardias! Falso conde de Vargas , el favor real no te cubre ya con sus alas. Has podido olvidar Roberto de Artewelde que tu cabeza vale tanto oro como pesa ?.. Ola ! Soldados ! Gerónimo ! Está durmiendo aqui todo el mundo ? (*Yendo á la puerta del fondo.*) Tambien cerrada : es esto una prision ?

Varg. Otra cosa algo peor : es un sepulcro. (*Llevando al Duque á la ventana.*) Escucha y mira.

Duque. (*Desde la ventana.*) Una porcion de gente armada se va acercando y rodea el palacio.

Varg. Esos son los hermanos de Artewelde, flamencos de origen y de corazon; que vienen á despedir al gobernador y á su secretario.

Duque. Están derribando las puertas.

Varg. Estan probando el temple de sns hachas para dirigirlas despues á nuestras cabezas.

Duque. Podreis decirme que significa esto?

Varg. Pues qué, no lo adivinais? Ea pues, ministro de Felipe segundo, cuando pensais despertar? Gobernador de la Flandes, no llegareis á conocer al pueblo que habeis intentado esclavizar? Si habeis vivido, velado, dormido en la persuasion de que el leon flamenco no tenia ya ni dientes ni garras, y que los pacíficos habitantes de las diez y siete provincias se dejarian degollar como corderos indefensos! Pero el leon sacude ya la melena á nuestra vista, y los jueces de Egmont van á ser juzgados á su vez por el pueblo de la Flandes. (*Gritos y luces fuera.*)

Duque. Segun eso, esta es una conspiracion?

Varg. No, una revolucion.

Duque. Cuyo gefe es el conde de Vargas?

Varg. Otro mas digno, señor Duque: mi hijo ó el vuestro!.. como querais.

Duque. Don Luis!

ESCENA VIII.

DON LUIS, *el* DUQUE, VARGAS.

Luis. (*Por la puerta secreta de la izquierda.*) Huid ó sois perdidos.

Varg. Oyes? la muerte llama á esa puerta. (*Se oyen golpes en la puerta del cuarto del Duque.*)

Luis. (*Dirigiendose hácia ella.*) Yo volaré á su encuentro por si puedo contenerla. Salvaos por ahi. (*Señala á la puerta de la izquierda.*)

Duque. Yo huir... yo solo basto para hacer retroceder á esa turba insolente.

Luis. Señor, el pueblo está armado y tiene cercado to-

do el palacio menos esa salida. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) al fin de la cual hay un piquete de guardias valonas...

Duque. Ah!

Luis. Que protegerá vuestra fuga.

Duque. (*Yendo hácia la puerta.*) Si, y ensangrentaremos nuestros pasos.

Varg. (*Interponiéndose.*) No saldrás.

Duque. Miserable!

Luis. Ya es tarde.

ESCENA IX.

Cae derribada la puerta de la derecha: la multitud y delante de ella Rodolfo se presenta gritando muera el Duque, muera Vargas. En el mismo momento don Luis se precipita al dintel de la puerta y dice.

Luis. No entrareis aqui sino por encima de mi cadáver.

Pueblo. Muera ese traidor! (*Casi á la par que esto sucede en la puerta de la derecha, aparece Gerónimo instantáneamente en la de la izquierda con una espada.*)

Duque. (*Corriendo hácia Gerónimo.*) Mi espada!

Geron. (*Empujandolo y cerrando tras si la puerta.*) Venid.

Rodol. (*Al pueblo.*) Muera el hijo del Duque de Alba!

Pueblo. Muera! (*El pueblo se lanza sobre don Luis, pero Vargas se interpone con la mayor rapidez.*)

Varg. No... es mi hijo... matadme á mi... pero perdonad á mi hijo.

Rodol. (*Reconociendo á Vargas á quien ha herido.*) Es el Conde de Vargas!

ESCENA X.

VARGAS, DON LUIS, ISOLINA, *despues el* PRINCIPE DE ORANGE: *pueblo y soldados con antorchas y armas.*

Vargas herido se sostiene en don Luis que lo conduce á un sillon.

Isoli. (*Atraviesa por medio de la multitud y esclama al ver á su padre herido.*) Padre mio!

Rodol. El pueblo ha castigado al apostata del pueblo. El Conde de Vargas es un traidor.

Varg. (*Casi espirando y entregando una llave á don Luis.*) Yo traidor ! Don Luis... allí... alli... (*Señalando la puerta pequeña de la derecha que va á abrir don Luis.*)

(*Luis. Y la muchedumbre al ver al Principe que sale por dicha puerta.*) El Príncipe de Orange !

Princ. (*Viendo á Vargas.*) Qué veo, está espirando !

Varg. Estás convencido ahora Guillermo de Nassau ?

Princ. Compañeros, hoy pierde la Flandes uno de sus mejores ciudadanos. (*Quitandose el sombrero.*) Gloria y prez al héroe de Gante ! á Roberto de Artewelde !

(*La multitud inclinandose.*) Roberto de Artewelde !

Luis. Mi padre !

Varg. (*Abrazando á don Luis.*) Al fin... Gracias os doy Dios mio ! (*Tiende la mano á Isolina y cae ecsánime.*)

La multitud. Viva la independencia !

Varg. (*Esforzando su voz moribunda.*) Valor, hijos mios!.. no desmayeis... no desmayeis... que Dios es justo... y vuestra causa es santa. (*Espira.*) *Cae el telon.*
